

Selección TERROR

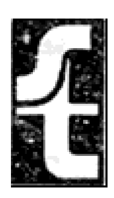
PROFANADORES DE SEPULCROS

Curtis Garland

PROFANADORES DE SEPULCROS

CURTIS GARLAND

Colección
SELECCION TERROR n.° 480
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Barcelona — Bogotá — Buenos aires — Caracas — México

ISBN 84 0202S06 4
Depósito legal: B. 10.711-1982
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: mayo. 1982
1ª edición en América: noviembre, 1982

© Curtis Garland — 1982
texto

©Martin — 1982
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21.650)
Barcelona — 1982


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

474 — Angel del infierno, *Adam Surray*.
475 — El sello escarlata, *Clark Currados*.
476 — Junto al pavoroso cementerio, *Ada Coretti*.
477 — El arca de la maldición, *Clark Carrados*.
478 — A solas con Charly, *Lou Carrigan*.
479 — Te espero en la tumba, *Clark Carrados*.

CAPÍTULO PRIMERO

El estampido del trueno fue impresionante.

Apenas había centelleado el rayo en el negro cielo, cuando sonó el estruendo ensordecedor, formidable, sacudiendo los edificios hasta sus cimientos, y provocando el temblor violento de los cristales de todas las ventanas y galerías.

Después, como si hubiera sido una señal prevista por los elementos, descargó con súbita furia el viento y la lluvia torrencial. Las tenebrosas profundidades de la bóveda celeste parecieron abrirse en grandes compuertas por las que el agua, devastadora, tumultuosa, se desplomó sobre la campiña. El viento la lanzó en ráfagas contra los muros y agitó los árboles y setos como si quisiera desgajarlos.

—Cielos, vaya noche la que nos espera —se quejó amargamente la señora Armagh, propietaria de la fonda local, persignándose como buena católica e irlandesa que era—. Estaba segura de que no iba a pasar mucho tiempo sin que empezara algo así.

Sus cuentes la miraron con cachazuda indiferencia. Algunos de ellos fumaban en largas pipas y saboreaban su cerveza junto al encendido hogar. La lluvia batía con fuerza las vidrieras emplomadas del salón. Pero allí dentro, uno se sentía seguro y confortable.

El viajero que acababa de llegar estaba todavía escribiendo en el registro su nombre y ciudad de origen.

Alzó la cabeza, sin soltar la pluma, escudriñó a la patrona y manifestó brevemente:

—¿Acostumbra a ser así el clima de esta región?

—En el invierno, sí. Pero los otoños y primaveras, en cambio, suelen ser bastante benignos, señor.

—Vaya —suspiró el nuevo cliente, terminando de registrarse y depositando la vieja pluma en el tintero de recepción—. No he elegido entonces muy buena época para venir por aquí…

—La lluvia no es mala cosa, señor, siempre que caiga con mesura —objetó la buena de la señora Armagh—. Lo que ocurre es que estamos habituados a que algunas veces llueva así durante días enteros, y se desborde el río, provocando inundaciones y desprendimientos de tierras. Esperemos que esta vez no sea una de esas.

—Sí, esperémoslo —dijo sonriendo el recién llegado, al tiempo que recogía de manos de la rolliza irlandesa una llave con una tablilla numerada, y tomaba en su otra mano la maleta no demasiado grande

que constituía su único equipaje—. No me haría gracia haber llegado hasta aquí para sentarme a la lumbre todo el día y perder el tiempo viendo llover.

—Pues es una buena distracción para los locales, señor —rió la patrona de la fonda, mostrando con un movimiento de cabeza al resto de la clientela—. Eso les da motivo para beber más cerveza y evocar las mismas historias que se cuentan cien veces al año.

El forastero sonrió más ampliamente, asintiendo y dirigiendo una curiosa ojeada a los hombres allí reunidos. El aire olía a tabaco de pipa, a cerveza y a leños encendidos. La mezcla no resultaba del todo desagradable.

—Sí, supongo que en estos sitios, la vida cotidiana ofrece pocas variaciones —comentó, empezando a subir la escalera que partía lateralmente del salón, hacia la planta alta.

—Así es, señor. La gente en Falstone no tiene mucho donde elegir, esa es la verdad. Y menos aún en invierno: el casino, el *pub* de Driscoll, el salón de té de O'Hara, el baile, el bar del hotel Las Armas del Rey, el cinematógrafo y la capilla. A eso se reduce los lugares que uno puede frecuentar aquí.

—Vi la fachada del cine al venir desde la estación —asintió el viajero, ya a media escalera—. Proyectan una película de hace diez años al menos. Si siempre es así, no resulta tampoco muy apetecible meterse en la sala.

—Por desgracia, de eso se quejan los jóvenes de Falstone. Las películas siempre son viejas y de mala calidad. Como el empresario sabe que llenará igual, sobre todo en viernes y sábado…

El viajero estaba ya en la planta alta. Caminó sin prisas hacia la puerta número cuatro, la que le correspondía según la tablilla colgada de la llave. La fonda, al parecer, sólo tenía ocho habitaciones. Pensó que posiblemente nunca llegarían a llenarse todas a la vez.

Entró en su alojamiento. Al menos, era limpio y aseado, con un lavabo y pequeño cuarto de aseo anexo, ropa que olía a jabón, y muebles viejos, pero bien cuidados. En aquellos sitios no se podía exigir demasiado. Miró por la ventana de que disponía la estancia. Asomaba directamente a la calle principal, pero ahora sólo se veía en ella el agua, chorreando por los cristales, los ramajes de un árbol rozando a impulsos del viento las vidrieras, como extraños y flacos brazos retorcidos que surgieran de la noche. Más allá, vagas luces borrosas, diluidos sus perfiles tras la lluvia.

Suspiró, quitándose su gabardina y sombrero. Era poco alentador permanecer allí esperando a que amainara la lluvia, pero no veía otra solución. Así era la vida de un comisionista, pensó con cierta amargura.

Abrió su maleta, extrayendo de ella los dos pequeños estuches de piel negra, donde llevaba su muestrario comercial, y los depositó dentro de un estante del armario, situando el resto de su equipaje en los cajones y perchas: dos pantalones, dos chaquetas, las mudas limpias, pañuelos y calcetines y todo eso. Puso en un estante de vidrio del lavabo su cepillo de dientes, su vaso, la pasta dentífrica, la máquina eléctrica de afeitar, el masaje y la colonia, y se sentó ante la mesa de que disponía, encendiendo un cigarrillo. Fumó pensativo, la mirada fija en la ventana y en la lluvia que corría por ella.

—Querido Howard, esta es tu vida —se dijo a sí mismo en voz alta —. No puedes quejarte de ella. La elegiste tú mismo. Ahora podrías ser médico en Londres o en Liverpool. Pero no. Te gustaba la vida bohemia: el teatro, los viajes y todo eso. ¿Y qué se ha hecho de ti, que soñabas con ser algún día un gran actor y debutar en Londres con repertorio shakesperiano? Ya lo ves: andas gastando zapatos de sitio en sitio, vendiendo instrumental quirúrgico a médicos y hospitales, y prótesis ortopédicas a las tiendas del ramo… Todo muy emocionante y romántico, ¿no es cierto, maldito fracasado?

Se sintió mejor después de decirse todo eso. Recordó que tañía sed y apetito, y se incorporó, bajando de nuevo a la planta inferior. Los viejos de la localidad seguían reunidos en torno al fuego, apurando sus pipas y sus jarras de cerveza mientras se contaban cosas que, sin duda, todos ellos conocían ya perfectamente. La señora Armagh apareció enseguida, sonriente, y demostró que había revisado el libro de registro, al dirigirse a él por su nombre:

—Bien, señor Drury. ¿Desea tomar algo? La cena se sirve a las siete en punto.

—Sí, señora, gracias. Tomaré una cerveza mientras tanto.

—Enseguida se la sirvo. Siéntese, por favor. Se está más caliente ahí, ante el fuego. Si desea leer algo en esa mesa están los diarios. Son de ayer, pero aquí la prensa llega siempre con un día de retraso.

—Es muy amable —dijo el viajero—. Pero no tengo frío. Tomaré esa jarra en el mostrador.

—Como prefiera —la señora Armagh se encogió de hombros y se dispuso a servirle lo pedido, mientras los demás examinaban curiosamente al recién llegado.

Uno de ellos, de mejillas rojizas y ojos azules, pequeños y vivaces, le saludó con una inclinación de su canosa cabeza, salpicada de escasos y ralos cabellos blancos, a lo que correspondió el recién llegado cortésmente.

El hombre enseguida vio una oportunidad de hacer algún comentario fuera de la rutina, gracias a la presencia del desconocido:

—Vaya, señor, usted me ha recordado a alguien cuando entró en la

fonda. ¿Os acordáis vosotros de aquel forastero de hace tres años, el señor…er…sí, el señor Newell?

—Por favor, McKenna, no siga con eso —dijo vivamente la patrona, sintiéndose molesta con el comentario—. El señor Drury no se parece en nada al señor Newell.

—Yo no diría eso, señora Armagh —objetó el viejo con tenacidad —. Vaya si se parece. Igual de alto, de joven y bien vestido… Parecía uno de esos galanes de cine, recuerde que usted lo dijo entonces. También este caballero lo parece.

—Son ustedes muy amables —sonrió Howard Drury, apoyando un codo en el mostrador, mientras la patrona de la fonda venía hacia él con una jarra de cerveza rebosante.

—¿Amables? —repitió el anciano del local—. Oh, no lo crea, señor. Aquel forastero, el señor Newell, no tuvo mucha suerte en Falstone, la verdad. Al otro día, apareció muerto junto a las tapias del cementerio… Le habían cortado el cuello de oreja a oreja.

—¡Por Dios, McKenna! —se irritó la patrona, volviéndose airada hacia el que hablaba—. ¡Le prohíbo que siga hablando de esas cosas!

—No, no, deje que lo haga —terció suavemente Drury, frunciendo el ceño—. ¿Quién le mató, señor McKenna? ¿Es que hay gente tan peligrosa y violenta en Falstone?

—Aquí nunca hubo nadie semejante, señor —protestó el aludido—. Sin duda alguien le seguía y dio con él en esta población. Debió ser un ajuste de cuentas, seguro. Al menos eso pensamos todos. Y el constable Whiting también opinó igual. Por cierto, señora Armagh, aquella noche que él llegó también llovía mucho. Creo recordar que su cadáver apareció medio hundido en un gran charco del cementerio, junto a las cercas.

—Por favor, McKenna, creo que es suficiente —la patrona parecía muy apurada con aquel tema de conversación. Se volvió a su nuevo cliente, tratando de disculparse—. No debe hacer caso a esta gente, créame. Siempre andan recordando cosas, porque no tienen otra cosa que hacer, y a veces resultan particularmente molestos…

—Deje, señora, deje. No me ha molestado nadie —rechazó Drury con una sonrisa—. El relato resultaba muy interesante. Supongo que aquel crimen quedó sin resolver…

—Supone bien —suspiró ella—. Se cerró el caso con el veredicto de «asesinato cometido por persona o personas desconocidas,» según el *coroner* dictaminó en la correspondiente encuesta. Pero creo que el caso no merecía la pena ser mencionado por ese viejo chiflado de McKenna.

Se alejó airadamente, gruñendo entre dientes. Los hombres reunidos al fuego cuchicheaban entre sí, sin atreverse a replicar a la

dueña de la fonda. Drury observó que de vez en cuando, le miraban de soslayo con interés.

Howard Drury saboreó su cerveza con lentitud, la mirada pensativa, perdida en un punto inconcreto del salón neblinoso por el humo. A través de las vidrieras, era visible de vez en cuando el resplandor de un relámpago, seguido casi de inmediato por el tamborileo sordo del trueno. La lluvia continuaba cayendo torrencial mente. No se percibían otros ruidos en el exterior. Ni vehículos ni gente circulando por las calles de la pequeña población de Northumberland donde ahora se encontraba.

—¿Alguno de ustedes podría decirme si hay hospital aquí, en Falstone? —preguntó al grupo de ancianos.

El inevitable McKenna, que sin duda gustaba de llevar siempre la voz cantante, se apresuró a asentir con vivacidad. Sus ojillos azules brillaban gozosos al poder sentirse útil a un forastero.

—Oh, sí, por supuesto —afirmó—. Es pequeño, pero suficiente para este lugar. Es el hospital que dirige el doctor Fitzgerald. Un establecimiento moderno y bien atendido. ¿Se encuentra usted enfermo, acaso?

—No, no —sonrió Drury—. Vendo material quirúrgico y todo eso. Me interesa visitar a la persona que dirige ese hospital, eso es todo.

—Pues el doctor Fitzgerald es su hombre. Puede en contrario en el hospital o en su consulta de River Street. Es un buen hombre. Y muy amable. Yo que usted optaría por verle en su consulta. Lo malo que tiene el hospital, a mí juicio, es que está en el camino viejo, el que lleva a la nueva central de investigación nuclear que el Gobierno ha instalado a sólo cinco millas de aquí.

—¿Una central nuclear? No sabía que la hubiera en esta región. Pero a mí no me asusta la energía nuclear, se lo aseguro.

—Pues la gente joven de Falstone no opina igual. ¡Menuda armaron cuando se iniciaron las obras y cuando se inauguró el recinto! Además, ¿de qué nos sirve a nosotros en esta región? Ni siquiera es una de esas centrales eléctricas, sino solamente un sitio donde investigan, hacen pruebas y todo eso. Hay quién dice que los deshechos y desperdicios de esos sitios suelen estar contaminados…

—Normalmente, el Gobierno se ocupa de que eso esté controlado y no dañe a nadie —dijo Drury con una sonrisa—. No creo que haya nada que temer por la vecindad de esa instalación, señor McKenna. De todos modos, si puedo ver al doctor Fitzgerald en su consulta, lo haré. Eso puede evitarme un buen paseo.

—Y pasar junto al cementerio también —comentó otro de los viejos—. Quien evita la ocasión…

Drury siguió sonriendo. Pero el comentario del cliente de la señora

Armagh logró inquietarle. Cieno que a él no le perseguía nadie ni creía que hubiera en el mundo persona alguna que tuviera que ajustar cuentas con él, pero lo sucedido tres años atrás a aquel forastero, Newell, parecía obsesionar aún a aquella gente. Cierto que ellos tenían pocos temas de conversación y un crimen era siempre materia de primer orden para llenar muchas y largas tardes del invierno en Northumberland, pero no le gustó la nueva alusión.

A las siete en punto, sonó una campanilla desde el comedor.

—La cena está servida —dijo la voz de la señora Armagh.

Drury se puso en pie. Echó a andar hacia el vecino recinto destinado a las comidas de los huéspedes. Los viejos se quedaron con su charla, en torno a la lumbre. Observó que sólo había dos mesas preparadas para servir la cena, pero de momento no había visto ni rastro del segundo huésped.

—Es raro —comentó la señora Armagh, dando los últimos toques a las mesas y arrugando el ceño—. La señorita Vickers no acostumbra a demorarse. Tal vez le sorprendió la lluvia por el camino…

—¿Sólo tiene dos huéspedes en este momento? —indagó Drury, desplegando su servilleta.

—Y es mucho para esta época del año —rió la patrona de buen humor—. Sí, sólo dos: usted y la señorita Sheila Vickers. Ella no puede lardar mucho. Acostumbra a llegar puntualmente a las siete menos cuarto.

Pero el camino del hospital es difícil, y con esta lluvia se pondrá impracticable.

—¿El hospital, ha dicho? —se interesó Drury—. ¿Ella trabaja allí acaso?

—Lleva sólo un mes —afirmó la irlandesa—. Es la nueva enfermera del doctor Fitzgerald, la que suplió a la pobre señorita Forrest, la anterior enfermera, fallecida en un desgraciado accidente…

—Comprendo. Le gusta vivir en una fonda, sin duda.

—Sí. Dice que se siente más acompañada. Tenga en cuenta que es una mujer sola, sin familia, y que su trabajo la retiene muchas horas en el hospital. No podría atender al mismo tiempo una casa, y menos aún comer un plato caliente. Aquí se siente como en su propio hogar, es lo que ella dice.

—No me cabe duda, señora Armagh —sonrió Drury—. Usted es muy capaz de conseguir eso con cualquier persona, estoy seguro de ello.

—Oh, es usted demasiado amable conmigo, señor Drury —dijo ella, ruborosa—. Le serviré ya la cena. No tiene por qué esperar a causa de los demás…

Se encaminó a la cocina. En ese momento, tintineó la campanilla

de la puerta de entrada. Alguien penetró en el local, llevando una bicicleta de la mano. Su sombre fue visible en la cristalera esmerilada que separaba el comedor del salón. Se trataba de una mujer con la capa y la cofia de enfermera.

Pero sorprendentemente, apenas hubo cruzado el umbral y se cerró la puerta de la fonda tras ella, sonó un grito de mujer, agudo y angustioso, la bicicleta cayó de golpe y su propietaria siguió gritando, gritando en plena crisis histérica.

Drury se puso en pie de un salto. También la señora Armagh, repentinamente asustada, corrió hacia la entrada de su establecimiento tras cambiar una rápida mirada con su cliente.

Al asomar, vieron a la mujer joven, uniformada de enfermera, aferrada al mostrador de recepción, lívida, con los cabellos chorreando agua, la cofia empapada, los ojos dilatados, gritando incesantemente. Los viejos cachazudamente situados en torno al fuego, se habían incorporado con un respingo de temor, y se limitaban a contemplar a la joven, sin saber qué hacer.

—Pero Dios mío, señorita Vickers, ¿qué es lo que sucede? —murmuró la señora Armagh, aterrorizada.

—¡Señora Armagh, señora Armagh, Dios sea loado! —sollozó histéricamente la enfermera—. ¡He visto… he visto sacar un cadáver del cementerio! ¡Lo he visto con mis propios ojos cuando venía hacia acá! ¡Se llevaban un cadáver entre dos hombres! ¡Lo juro, lo juro!

Capítulo II

El constable Paul Whiting se sacudió el agua que empapaba su gorra y su capote impermeable, con un gruñido de exasperación. Luego, se frotó las manos ardorosamente, tras despojarse también de los guantes, totalmente mojados. Miró a la señora Armagh y meneó la cabeza con desaliento, mientras ella le servía un vaso de *scotch*.

—Que me ahorquen si lo entiendo —farfulló con su fuerte acento galés—. Los tipos que entraron en el cementerio apenas si causaron destrozos… De no ser por la señorita Vickers, que les vio salir con el cadáver, no hubiéramos llegado a saber qué cuerpo fue robado de su fosa.

—¿Ha podido averiguarlo, constable? —se interesó la patrona.

—Claro. El viejo Corey, el sepulturero, me ayudó bastante. Se trataba del cuerpo de Jerry Perkins.

—¡Jerry Perkins! —repitió la señora Armagh con asombro—. ¿No es ese muchacho que fue enterrado ayer por la mañana?

—El mismo. Por eso lo encontró fácilmente el viejo Corey. Estábamos intentado hallar algún indicio de los intrusos, cuando Corey observó que la argamasa de un nicho había sido removida y quitada la lápida, para volverla a poner después. Era el nicho de Perkins. Ni siquiera le habían puesto aún la losa con la inscripción familiar. Miramos dentro, y el féretro estaba allí. Ya íbamos a dejarlo todo tal como estaba, cuando Corey me hizo notar que había señales en torno a las cerraduras de la caja.

—¿Y era así?

—Ya lo creo que era sí. Ese viejo tiene los ojos de lince y, además, se conoce el cementerio como si fuera la palma de su mano. Observé los arañazos en la madera y en los cerrojos. Parecían producidos por un destornillador o algo así.

—¿Y qué? —se interesó la buena matrona, apoyando sus codos en el mostrador, sin importarle demasiado que sus grandes y pecosos pechos asomaran en toda su exuberancia blanquecina ante los ojos hipnóticos del policía local.

—Bueno, esto… —desvió su mirada de la canal que se perdía entre los enormes senos y meneó la cabeza, echándose al gaznate un buen trago de whisky—. Sacamos el ataúd y, como suponía Corey, dentro no había nada. Se habían llevado limpiamente el cuerpo del pobre muchacho, maldita sea. Esa joven enfermera no vio visiones ni se inventó nada. Alguien había robado un cadáver.

—No me parece dada a ver alucinaciones la señorita Vickers, la verdad —sentenció la dueña de la fonda.

—Bueno, pero su denuncia inicial sonaba, cuando menos a…a algo así como una fantasía producida por la tarde tormentosa, el cementerio y todo eso. ¿Cómo está ella ahora?

—¿La enfermera Vickers? Bien. La acostamos en su alcoba y vino a verla el doctor Fitzgerald. Ahora está con ella. Esperamos su diagnóstico definitivo, pero en principio nos tranquilizó sobre su estado, diciéndonos que todo era consecuencia de una fuerte crisis nerviosa.

—Ya ve lo que son las cosas —suspiró el constable Whiting, apurando su vaso de whisky escocés, sin poner peros al hecho de que la complaciente patrona le sirviera una segunda dosis—. Una enfermera, teniendo que ser atendida como enferma.

—¡Cualquiera no! —se persignó la muy religiosa señora Armagh, entre cuyos pechos brillaba una pequeña cruz de oro casi incrustada en la canal de sus muy respetables glándulas mamarias—. Si llego a ver salir a unos tipos del cementerio con un cadáver… Cielos, ¿cómo ocurriría, realmente?

—Lo que ella dijo no aclara mucho —meneó la cabeza Whiting, mirando ceñudo a una de las vidrieras cuando el rayo fulguró allá fuera, acompañado del inevitable estampido—. La lluvia era ya muy intensa, ella iba rápida en su bicicleta cuesta abajo… Pero describió a los tipos muy bien. Uno era alto, flaco, cojeaba con una pierna rígida, posiblemente la izquierda, aunque no está muy segura… El otro era gordo y vigoroso. Los dos vestían impermeables, negros con capucha. El cuerpo iba envuelto en plástico, pero una enfermera sabe de esas cosas» Creyó advertir la rigidez, la palidez y el estado normal de un cadáver. Les vio salir por la puerta enrejada, subir a un coche destartalado, grande y oscuro, con el que desaparecieron con rapidez, camino de las colinas. Eso es todo lo que contó.

—En Falstone nunca nadie robó un cadáver, constable —se quejó la señora Armagh.

—Claro que no. El mundo está mal, señora, la gente parece hacerse vuelto loca. ¿Para qué pueden querer unos ladrones el cuerpo de un muerto?

—Bueno, el joven Perkins era de buena familia, creo que le enterraron con su anillo y su diente de oro…

—Tonterías. Eso no justifica un robo macabro de ese tipo. Ya sabe lo que pasa ahora en el mundo: que si trasplantes, que si injertos humanos… Esa gente, los médicos, van a acabar convirtiendo esto en un manicomio…

—No tema, constable —dijo una voz apacible desde la escalera—.

No somos tan temibles como todo eso. Para usted, cada médico es un Frankenstein en potencia, ¿no?

Whiting tragó saliva, su cara pecosa y afable enrojeció vivamente, y se volvió hacia el hombre de edad madura que descendía calmoso la escalera, con su negro maletín, seguido por un joven alto y rubio que le era totalmente desconocido al policía local.

—Oh, perdone, doctor Fitzgerald, no me refería a usted, por supuesto —murmuro el policía, cohibido—. Yo hablaba de esos que se dedican a trasplantar órganos, a comerciar con cuerpos humanos y todo eso…

—Aun en ello exagera, constable —rió suavemente el médico—. Nadie comercia con órganos humanos, como usted dice. La Medicina y la Cirugía han avanzado mucho, y ahora se pueden salvar vidas humanas gracias a esos trasplantes, eso es todo. Los médicos no nos dedicamos a comprar cadáveres para experimentos, como en los tiempos Victorianos, se lo aseguro.

—De todos modos, han robado un cuerpo del cementerio, doctor —objetó el policía.

—Eso parece cierto, si —admitió Fitzgerald, arrugando el ceño—. Mi empleada, la señorita Vickers, no cesa de repetir en su crisis que vio a esos hombres llevándose un cadáver envuelto en plástico.

—Casualmente, un cadáver que llevaba sepultado solamente treinta horas, poco más o menos —señaló astutamente Whiting—. ¿No es cierto que los órganos humanos tienen un periodo limitado de conservación para ser utilizados en trasplantes?

—Mire, Whiting, usted ha oído campanas y no sabe dónde —se irritó el médico—. Un órgano humano capaz de ser trasplantado a alguien con posibilidades de éxito, no puede conservarse más allá, de veinticuatro horas después de la muerte de su propietario. Eso quiere decir que los órganos del pobre Perkins no servían ya para nada. Por otro lado, en mi hospital no se practican trasplantes: somos demasiado modestos para eso. Elio hace que el límite perecedero de cualquier órgano se haga más breve, ya que sería preciso trasladarlo a otro centro médico adecuado, en Londres o en otra capital europea o americana.

—Bueno, lo siento, doctor. No pretendía a nadie, era sólo una posibilidad entre otras —miró huraño al acompañante del médico—. ¿Y usted quién es, señor? No creo haberle visto antes por aquí…

—Es un huésped de mi casa —terció vivamente la señora Armagh —. El señor Drury acaba de llegar a Falstone, procedente de Londres.

—¿De veras? —observó receloso al forastero—. ¿Y cuál es el motivo de su estancia aquí, señor Drury?

—Negocios —sonrió Howard—, No vengo directamente de

Londres, pero procedo de allí. Recorro la región vendiendo mis artículos, constable.

—¿Qué artículos son esos?

—Instrumental quirúrgico —explicó Drury—. Para consultas médicas y hospitales.

—Así es —aprobó el doctor Fitzgerald con una leve sonrisa—. El señor Drury espera que sea cliente suyo. Y yo, encantado, si su material me interesa. Respecto a la señorita Vickers, será mejor que la dejen tranquila por el momento. La he administrado un sedante. Estaba realmente asustada. Más que por el macabro robo en sí, porque el aspecto de los ladrones la impresionó vivamente. Está segura de que uno de ellos, el más alto, el que cojeaba, la miro malignamente e intentó dejar caer el cadáver robado, para ir tras ella. Su compañero le disuadió de ello y se marcharon rápidamente.

—No me gusta el asunto, doctor —confesó Whiting con franqueza.

—A mí tampoco. No tiene sentido robar un cadáver que lleva ya más de cincuenta horas sin vida. Clínicamente, no sirve para nada.

—Pero ese muchacho estuvo un tiempo en la Morgue local, doctor. En el refrigerador del depósito, recuérdelo. A fin de cuentas, se mató en accidente y eso formaba parte de las normas legales, ¿no?

—En efecto. Yo le hice la autopsia —afirmó el médico—. Murió de fractura de cráneo, al caer por el barranco de Blyth Hill. Pero el tiempo transcurrido en el frigorífico también cuenta para el deterioro de órganos. Nadie podría usar ese cuerpo para nada, se lo aseguro.

—En fin, que estamos como al principio —se quejó Whiting, apurando su segundo whisky—. Dando palos de ciego…

—Lo siento por usted, constable. Supongo que será tarea suya dar con esos dos profanadores de tumbas. Por su descripción, ninguno de ellos me resulta conocido.

—A mí tampoco —los ojos del policía se deslizaron algo hostiles sobre Howard Drury—. Deben ser forasteros… Nunca me gustaron los forasteros.

—Eso no es muy amable de su parte, constable —sonrió fríamente Drury.

—Perdone, señor. No iba por usted —trató de disculparse apuradamente el policía, enrojeciendo con viveza—. Pero ya una vez, otro forastero nos trajo graves problemas, al morir aquí violentamente…

—¿Se refiere a Newell? —sonrió más ampliamente el forastero.

—¿De modo que ya lo sabe? —el policía se mostró malhumorado —. Sí, señor. Bruce Newell, un escritor de Londres. Había venido aquí a inspirarse en la calma de Northumberland, para escribir un libro romántico. Y lo que encontró aquí fue un arma afilada que le segó el

cuello de lado a lado. Nunca supimos quién lo hizo. Ni tampoco por qué. Pero todo el lugar estuvo patas arriba durante unos días, por culpa de ese suceso. No, no me gustan los forasteros. Lo siento.

Hizo un cesto ambiguo de despedida a todos, y abandonó el local, volviendo a parapetarse bajo su impermeable y caperuza, cuando se aventuró en el tremendo aguacero que batía, incansable, el exterior.

La puerta campanilleó tras él. Los presentes se miraron entre si, pensativos. El doctor Fitzgerald suspiró, meneando la cabeza. Dirigió una ojeada expresiva al joven viajante.

—No haga caso a Whiting —dijo—. Es un típico producto de provincias, señor Drury. Los forasteros, para él, son como una especie de motivo supersticioso.

—Pero con aquel tal Newell no le faltó razón —hizo notar Drury.

—No, claro que no. Hice la autopsia a aquel pobre diablo. Fue un crimen horrible. Su asesino le aferró por detrás y le degolló limpiamente, cortándole la garganta de oreja a oreja. Ni siquiera pudo gritar, es evidente. Le habían segado las cuerdas vocales de modo absoluto.

—Cielos, qué horribles detalles —gimió la señora Armagh.

—Lo siento, querida señora —murmuró el médico—. Creí que ya lo había leído.

—Por supuesto que sí. Pero siempre resulta más impresionante oírlo de labios de quien examinó ese cuerpo en la Morgue…

—¿Cree que asaron una navaja o algo así, doctor? —indagó Drury.

—No, amigo mío —suspiró el doctor—. Yo diría que el arma usada para el crimen… fue un bisturí. Ya me entiende: un instrumento quirúrgico, ciertamente.

—Ya —Howard no dijo nada, pero se quedó meditando, la mirada fija en la lluvia que coma torrencial por los vidrios. Ya no quedaba nadie de los viejos del lugar en el sitio de la tertulia, y el fuego en la chimenea agonizaba. El reloj de parea marcaba las nueve y media de la noche—. En fin, esperemos que yo no dé motivos a su buen constable de lamentarse de la presencia de forasteros en Falstone. Claro que si esos ladrones de tumbas son ajenos al lugar…

—¿Por qué habría de venir nadie de fuera a robar un muerto de nuestro pequeño cementerio? —se sorprendió la señora Armagh—. No tiene mucho sentido, ¿verdad?

—En efecto, señora Armagh —asintió el médico—. No tienen ningún sentido. Pero ha ocurrido, y eso es lo que cuenta. Dejemos que nuestro brillante amigo Whiting resuelva el problema… si puede. Ah, señor Drury, le espero mañana en mi consulta para la adquisición de ese material. Buenas noches.

Y tras saludar a ambos, se encaminó a la salida con aire perezoso.

Evidentemente, la inclemencia de la noche no resultaba seductora para él, de cara a abandonar el techo acogedor de la fonda. Antes de abandonar el edificio, señaló a su propietaria:

—Cuando despierta mañana, sírvale solamente un caldo. Dígale que tiene día libre en el hospital, por prescripción mía. La segunda enfermera, la señorita Denver, se ocupará mañana de todo en el hospital. Después de todo, sólo tenemos previsto un examen cardiográfico de Lloyd Mason y quitarle los puntos de sutura al cartero McNee. Si surgiese algún imprevisto, lo resolveríamos.

Cerró tras de sí, perdiéndose bajo la lluvia. Un coche rodó poco después, calle abajo. Drury y la patrona de la fonda se miraron en silencio. Sólo se oía la lluvia en el exterior y el tic tac del reloj mural.

—Es curioso… —comentó de repente Drury.

—¿Curioso? ¿El qué? —se interesó la señora Armagh.

—Falstone es un lugar pequeño, apacible. Sin embargo, en poco tiempo ha habido un crimen brutal, una serie de autopsias por muertes accidentales, como la del joven Perkins., la enfermera anterior a la señorita Vickers, el propio asesinado… Y por si eso fuera poco, ahora tienen ustedes el robo de un cadáver en el cementerio… No se puede decir que esto sea un remanso de paz, señora.

—Yo lo dije siempre —murmuró ella, persignándose—. No se puede vivir de espaldas a la iglesia, derribar cruces… Es como invocar al diablo.

—¿Invocar al diablo? —repitió Drury, perplejo—. ¿De espaldas a la iglesia, derribar cruces…? No entiendo nada de lo que dice, señora Armagh.

—Ocurrió hace un tiempo. Cuando esa gente llegó a Blyth Hill… Nunca me gustaron. Son ricos, amables, elegantes, sí. Son todo eso. Pero no me gustan. No me gustó que derribasen las cruces de los tres torreones… Ni que rechazaran ir a la iglesia incluso en Navidad o en la Pascua. No ya a la católica, sino ni tan siquiera a la del reverendo Turner… No son nada, ni católicos ni protestantes. Hijos del diablo, diría yo.

—Señora Armagh, soy un forastero y nada me importan sus asuntos locales, pero me gustaría, ya que me lo está contando, saber a qué se refiere… —rogó Howard Drury afablemente.

—Me refiero a Ingram Manor, señor Drury.

—¿Ingram Manor? —repitió Howard, como si le hubieran hablado en chino.

—También conocido como la mansión de Blyth Hill, o «La Casa de los Tres Torreones», indistintamente. Es un viejo edificio Victoriano, en la colina Blyth, como su nombre indica, a pocas millas de aquí, su último propietario, Jonathan Ingram, la vendió a los actuales dueños y

ocupantes, la familia Mason.

—¿Mason? Me parece haber oído antes ese nombre…

—Sí. El doctor Fitzgerald nombró al Lloyd Mason, el dueño de la casa en la actualidad. Es quien debe ser examinado mañana en el hospital cardiográficamente. Está también su esposa Victoria, su pariente, Elliot Sherman, y el criado, Colley. Ellos ocupan ahora Ingram Manor, la vieja casa de Blyth Hill.

—¿Y bien…?

—Cuando llegaron, derribaron la cruz que remataba cada uno de los tres torreones. Se han negado siempre a ir a la capilla del reverendo Turner o a la iglesia católica del padre O'Rourke. No son creyentes, dijeron. No me gusta esa gente. Desde que ellos llegaron, hace tres años, están ocurriendo estas cosas extrañas. Es como una maldición, diría yo.

—Tres años… —Drury se frotó el mentón—. ¿No es el mismo tiempo que hace de la muerte violenta de aquel forastero, el señor Newell?

—Sí, creo que si —afirmó la señora Armagh, sorprendida—. Así, seguro. El mismo año llegaron ellos. Creo que no mucho antes de esa extraña muerte… Usted es muy observador, señor Drury.

—Sencillamente, tengo memoria —sonrió Howard, con gesto grave —. Antes he sido actor y tenía que aprenderme largos papeles. No olvido fácilmente lo que oigo, créame.

—Oh, actor… —ella le miró embelesada—. Ya decía yo que es demasiado guapo para ser un simple viajante de comercio…

—Olvídese de mí. No soy un tema de gran interés, señora. ¿Qué clase de gente son esos Mason?

—Raros. Muy raros. No me gustaron nunca. Eso sí, son amables, corteses, encantadores socialmente hablando. La gente les trata con deferencia. Pero lo de las cruces… Sólo los vampiros y los satánicos odian la Cruz, ¿no es cierto? —y desenterró de las profundidades de su generoso busto la pequeña cruz de oro para besarla con unción.

—Sí, es posible —aceptó vagamente Howard, bostezando de pronto—, ¿Sabe una cosa, señora Armagh? No llegué a cenar, con todo eso de la enfermera Vickers. ¿Podría darme algo caliente para comer ahora, antes de irme a la cama?

—Por supuesto, señor Drury —se excusó ella con rapidez—. Qué torpeza la mía, no recordar eso. Siéntese ahí mismo, junto al fuego. Le serviré un trozo de carne asada y algo de puding, con cerveza o vino, a su gusto…

—Un vaso de vino será mejor —dijo Howard, estremeciéndose al oír la violenta lluvia allá fuera—. Necesito algo que me entone. Vino tinto y fuerte, a ser posible…

Pero estaba escrito que la cena de aquella noche no sería tarea fácil para el forastero.

De repente, en el piso de arriba, de nuevo brotó, desgarrador y terrible, el grito de Sheila Vickers, la enfermera.

Era un grito cuajado de terror y de angustia, un grito espeluznante.

—¡Socorro, socorro, Dios mío! —clamó ella—. ¡Es el hombre del cementerio, el cojo que robaba el cadáver! ¡Me atacará… viene a matarme!

Drury miró despavorido a una señora Armagh repentinamente lívida, y echó a correr escaleras arriba como una centella, tomando de paso una botella como arma contundente.

Capítulo III

El joven viajante alcanzó la planta alta en dos zancadas, lanzándose hacia la única puerta entornada que vio, la número dos. Penetró en la estancia como una exhalación, botella en ristre, dispuesto a lo que fuese.

La enfermera Vickers estaba en pie, junto al lecho, mirando con ojos de vivo horror hacia la ventana por la que corría violentamente la lluvia, formando copiosos regueros que borraban toda visión del exterior. Allí no parecía haber nadie, salvo ella misma, demudada y llena de pánico, cubierta con su tenue camisón de dormir, color lila, que marcaba nítidamente sus formas jóvenes y atractivas. Los ojos, de un azul limpio y profundo, aparecían dilatados, fijos hipnóticamente en aquella ventana.

—Señorita Vickers, ¿qué sucede? —jadeó Drury—, Debe calmarse…

—Allí… ahí —sollozó ella—. En la ventana… Era él… su rostro… Iba a romper los vidrios para entrar, lo juro… Tiene que creerme…

—Claro, claro —asintió Drury, algo escéptico, al comprobar que en la ventana no se advertía rastro alguno que confirmase esa historia—. Deje esto en mis manos, señorita Vickers, por favor. Vuelva a la cama y repose, nadie va a hacerla daño.

—No me cree… —gimió ella—. No me cree…

Howard no respondió a eso. Se aproximó a la ventana y trató de ver algo a su través. Era en vano. El agua de lluvia era excesivamente torrencial en esos momentos para permitir vislumbrar siquiera la mal alumbrada calle pueblerina. Resuelto, abrió los postigos y se asomó, recibiendo en el cabello y el rostro un ramalazo de lluvia y viento que le caló hasta los huesos.

Aguzó la mirada a través de la cortina de agua que batía la calle. Y descubrió, pasando veloz junto a una farola la calle. Y descubrió, pasando veloz junto a una farola del alumbrado callejero, la silueta de un hombre envuelto en un largo impermeable, a menos de cincuenta yardas de distancia de la fonda.

Aquel hombre cojeaba ostensiblemente de la pierna izquierda en su carrera.

Lanzó Drury una imprecación y cerró de nuevo con rapidez, para evitar que la habitación de la enfermera sufriese las consecuencias del tiempo inclemente y frío. La miró un momento. La señora Armagh estaba ya en la puerta, enarbolando cómicamente un rodillo de

amasar.

—Quédese con ella, por favor —pidió Drury—. Ella dijo la verdad. Un hombre cojo se subió hasta esa ventana para mirarla, y escapó después. Voy tras él.

—Señor, Drury, tenga cuidado, por el amor de Dios —gimió la dueña de la fonda, asustada—. Puede ser peligroso…

Howard no se paró a discutir ese punto. Descendió como una centella y salió a la calle sin cubrirse siquiera con prenda alguna, lanzándose en pos de la furtiva figura coja que vislumbrara cerca de la farola de la esquina. El aguacero comenzó a martillearle con violencia, empapándole en escasos segundos, pero eso no detuvo su carrera.

Pronto descubrió de nuevo al misterioso cojo, allá al fondo de la calle. No podía correr demasiado a causa de la casi total rigidez de su pierna izquierda. Al oír sus pisadas en el mojado asfalto, giró la cabeza. Trató de acelerar su carrera, pero eso le resultaba difícil. En cambio, la agilidad de Drury permitía a éste ganar terreno de modo paulatino.

Sólo ellos dos eran visibles en todo lo que alcanzaba la vista. En semejante noche, nadie se aventuraba por las calles de Falstone. Las luces en las casas eran ya muy esporádicas. La gente se iba pronto a dormir en aquellos lugares, y más cuando el tiempo se ponía tan mal.

Súbitamente, cuando apenas si le faltaban unas yardas para alcanzar a su presa, los faros de un automóvil surgieron inesperadamente por una esquina. Un grande, pesado coche oscuro, hizo rugir su motor al avanzar, perforando la lluvia con la intensidad de sus luces. El cojo hizo gestos ostensibles, como pidiendo ayuda a aquel automóvil, agitando sus brazos a contraluz.

Howard maldijo entre dientes, pensando que su enemigo no iba a estar solo, y tal vez le tocaría enfrentarse a una pandilla de rufianes, salteadores de tumbas y cosas peores.

No sucedió así. El automóvil, en vez de reducir su marcha, aceleró cuando el cojo estaba ante sus faros. Este no tuvo tiempo siquiera de apartarse. Además, debió quedar demasiado sorprendido para ello.

Un alarido de terror y angustia escapó de su garganta cuando el automóvil oscuro le arrolló. La figura alta y flaca desapareció bajo las ruedas del vehículo. Las luces se proyectaron ahora sobre Howard Drury que, Rápidamente, intuyó el peligro y dio media vuelta, echando a correr y lanzándose hacia un lugar iluminado que había dejado atrás poco antes. Tenía todas las trazas de ser un pub, y en él penetró como una centella, sorprendiendo a los escasos parroquianos allí reunidos al calor del whisky, la cerveza y la calefacción.

Fuera, aullaron los frenos del coche, chirrió éste sobre el asfalto, enmendando sin duda su rumbo, y luego se alejó con un ronquido

poderoso de motor.

Drury, empapado, jadeante, miró a los seis o siete contertulios situados ante sus copas o sus jarras y al hombre rollizo y colorado, de largas patillas pelirrojas, situado tras el mostrador. Todos le contemplaban con recelo y sorpresa.

—Disculpen —masculló Drury quitándose de un manotazo el agua que chorreaba de su cabello por el rostro—. Ahí fuera acaban de matar a un hombre. Ese coche arrolló intencionadamente a un tipo que creo se dedicaba a robar cadáveres del cementerio.

—¿Qué es lo que dice? —gruñó el cantinero, estupefacto.

—Sírvame un doble de whisky y salga a verlo, si quiere.

En silencio, le fue servido lo que pedía. Varios de los clientes abrieron las puertas encristaladas del pub y miraron al exterior. Uno afirmó en voz alta:

—Es cierto, Bob. Hay un tipo tendido en medio de la calle. Parece estar muerto. Pero del coche no se ve ni rastro.

—Claro que no —dijo Howard, tomándose un largo trago—. Ha escapado, después de intentar atropellarme a mí también. Era un coche grande, oscuro, un modelo algo pasado. Yo diría que un Austin del 1970 o algo así…

—No he visto ningún coche de ese tipo por aquí —comentó el cantinero llamado Bob, encogiéndose de hombros y dirigiéndose a la salida no sin antes tomar de detrás del mostrador una escopeta de caza con cañones recortados—. A ver qué pasó realmente… Y usted será mejor que no se mueva de aquí hasta que llegue el constable.

—No se preocupe —resopló Drury, apurando su copa—. No me moveré.

* * *

—Vaya, parece que su llegada a Falstone ha coincidido con muchos problemas, señor Drury —comentó el constable Whiting, frotándose pensativo la barbilla con el lápiz que le servía para anotar en un bloc los datos pertinentes.

—Sí, eso parece —admitió Howard de mala gana.

—Ese pobre diablo resultó muerto en el acto. Las ruedas le aplastaron el cráneo y el plexo solar, reventándole por dentro. ¿Está seguro que fue intencionado?

—Por Dios, agente. Estaba ante mí, a menos de cien yardas cuando fue arrollado. Los faros del coche le alumbraron nítidamente. Él debía conocer a su conductor u ocupantes, porque hizo vivos gestos con los brazos, pidiendo ayuda contra mí. El coche, en vez de reducir velocidad, aceleró, arrollándole sin piedad. Luego intentó repetir la

suerte conmigo. Tal vez lo hubiera logrado, de no tener tan a mano ese *pub*. Finalmente, escapó, dejando el cadáver ahí. No creo que quisiera perder tiempo en recogerlo.

—De modo que parece cierto que la señorita Vickers vio a ese hombre asomar a su ventana…

—Es evidente. Hay una cornisa bastante ancha ante las ventanas del edificio. Y el canalón de desagüe y los ladrillos, con sus rendijas, son suficientemente útiles para escalar el muro aun estando cojo.

—¿Qué podía pretender ese hombre de la enfermera?

—Nada bueno, evidentemente. Ella le había identificado al salir del cementerio llevando el cadáver.

—¿Un… un asesinato? —se estremeció Whiting—. ¿Es eso lo que sugiere? ¿Intentaba matar a la señorita?

—Es una posibilidad bastante aceptable, sí.

—Cielo, un lugar tan tranquilo como éste, y de pronto empiezan robos sacrílegos, intento de asesinato, un accidente intencionado… ¿Qué diablos está pasando aquí? —se lamentó el policía.

—Me temo que eso debe averiguarlo usted —sonrió con tristeza Drury, terminando de secarse el cabello con la toalla que la señora Armagh le había facilitado—. ¿Dice que el individuo cojo no era de aquí?

—Cierto. Era ajeno a Falstone. Nunca le vio nadie antes de ahora, a lo que parece. Y no lleva identificación alguna encima. Solo un tatuaje en un brazo, con una serpiente, una mujer desnuda y las iniciales S.D. Enviaremos sus huellas a Scotland Yard, por si nos es de alguna ayuda. Es todo lo que puedo hacer. En cuanto a ese coche que usted describe, he preguntado a varias personas. Nadie recuerda un Austin oscuro o negro, modelo 1970, ni se sabe que lo posea persona alguna de este Condado.

—Evidentemente, quien lo utilizó sabía que no va a ser tarea sencilla dar con el vehículo homicida.

—¿Por qué cree que mataron a ese tipo?

—Yo diría que por haber sido visto esta noche en el cementerio. Si la señorita Vickers no era silenciada, tendría que serlo él, puesto que tarde o temprano, si deambulaba por esta región, podía ser descubierto, arrestado y, con ello, facilitar a la policía informes comprometedores para alguien.

—De modo que, según su teoría, sus propios camaradas lo eliminaron.

—Sí, supongo que sí, a juzgar por su actitud.

El doctor Fitzgerald volvió a descender las escaleras con su inevitable maletín negro. Se quedó mirando a Drury y al policía con el ceño fruncido.

—Ahora no creo que despierte —dijo—. Le administré un somnífero. Pero tendrán que protegerla mientras duerme, por si se repite la desagradable experiencia, constable.

—No se preocupe, doctor —respondió Whiting—. Pondré un hombre de guardia toda la noche. Esa muchacha ha pasado dos malos ratos en poco tiempo. No quiero correr riesgos.

—En cuanto al cadáver, le haré la autopsia mañana —continuó el doctor—. Déjelo en la Morgue por el momento. De allí no se marcha nadie.

Tras ese rasgo de humor negro, el médico torció la boca en un amago de sonrisa, y se ausentó, despidiéndose brevemente de todos ellos. También el constable se retiró, pronto, aunque dejando de servicio a un fornido policía de uniforme en la fonda, con el encargado de cuidar especialmente de la seguridad de la enfermera Sheila Vickers.

—Bueno, creo que al fin he perdido el apetito, señora Armagh —suspiró Drury, moviendo la cabeza—. Me conformaré con un vaso de leche y un pequeño sandwich.

—Lástima de cena —se quejó la dueña de la fonda tristemente, dirigiéndose a la cocina—. Con todas estas cosas, se habrá echado a perder la carne asada, y el puding se habrá pasado… Ahora le sirvo su sandwich y el vaso de leche, señor Drury.

* * *

La mañana era triste y lluviosa.

No caía el torrencial aguacero de la noche antes ni había tormenta, pero los nubarrones cubrían pesadamente todo el cielo, y una ligera llovizna persistía de modo constante, resultando tan molesta como pertinaz, y acabando por empapar tanto como un diluvio, a menos que uno se cubriese adecuadamente de ella.

Howard Drury salió de la consulta del doctor Fitzgerald relativamente satisfecho. El médico precisaba un buen surtido de material quirúrgico, tanto para su consulta como para el hospital. El pedido le dejaría un beneficio superior a las trescientas libras, lo cual ya suponía un buen alivio para su deteriorada economía.

Habían hablado de Sheila Vickers, naturalmente. Ella continuaba bien, sometida a los sedantes, pero mucho más tranquila ya. También se comentó la muerte desgraciada de su antecesora en el cargo, la enfermera

Claire Forrest, que prestaba sus servicios en el hospital del doctor Fitzgerald, víctima de un infortunado accidente. Su motocicleta, con la que se trasladaba del pueblo al hospital, había derrapado a causa de

una hela da, cuando se dirigía a prestar sus servicios en el centro médico, fracturándose el cráneo en el choque con un árbol, a menos de media milla del hospital. De eso hacía ya un par de meses. Le había costado algún tiempo encontrar una buena suplente, pero Sheila Vickers había demostrado en el mes que llevaba trabajando para él, lo eficiente que era, pese a su juventud. Pese a la sensibilidad que demostrara al ser testigo de un robo macabro y al verse vigilada a través de la ventana por uno de los ladrones del cementerio, en su profesión era serena y dueña de sus emociones.

Drury iba pensando en todo eso cuando se dio cuenta que ya había dejado atrás la fonda, en su paseo matinal bajo la tenue llovizna. Meditó, la mirada perdida en el plomizo cielo nuboso. De pronto, tomó una decisión.

Siguió andando, en la misma dirección. Pronto alcanzo los límites de la pequeña población, típicamente inglesa, con sus edificios de rojos ladrillos, sus tejados rematados por las chimeneas, sus calles en pendiente, escalonando las edificaciones pintorescamente. La ver de campiña se mostró ante él, más verde y jugosa que nunca, a causa del agua caída. Los charcos eran abundantes, y el camino estaba medio anegado. Un indicador señalaba:

AL CEMENTERIO — AL HOSPITAL — A BLYTH HILL

Y otro indicador más reciente, señalaba en el mismo poste:

AL CENTRO BRITANICO DE
INVESTIGACION NUCLEAR
5 millas

Echó a andar por el arcén de ese camino enfangado y cubierto de amplios charcos. Sus botas de goma le permitían adentrarse por todo ello sin demasiadas dificultades.

Pronto alcanzó el cementerio. De él partía una bifurcación de dos senderos, justo frente a la verja y las cruces que emergían su piedra musgosa entre fas altas hierbas. Un sendero conducía al hospital y al Centro Nuclear. El otro, más angosto, señalaba la ruta de Blyth Hill.

Drury empujó la puerta metálica del cementerio. Chirrió sobre goznes enmohecidos, dejándole las manos llenas de partículas de hierro y goterones de agua. Se adentró sobre la mullida alfombra de césped que crecía entre lápidas y cruces.

Un ruido cercano atrajo su atención. Se orientó, caminando en dirección a su punto de origen. Pronto descubrió, entre los arbustos, a un hombre con impermeable de lona amarilla, inclinado sobre la

tierra, golpeando algo con un pico. Se aproximó algo más. El nombre, al oír crujir los hierbajos, alzó la cabeza sin sobresalto alguno.

—Hola —saludó—. ¿Se le ha perdido algo aquí, amigo?

—Por fortuna, no —sonrió Howard, acercándose a él—. Voy paseando, simplemente.

—Extraño lugar para pasear —le estudió con repentino recelo—. Usted es forastero.

—Sí.

—¿No vendrá… por lo del joven Perkins?

—Bueno, eso me intriga, la verdad. Anoche estaba en la fonda cuando la enfermera Vickers dijo lo que había visto. El constable relató el resto.

—Sí, señor —se irguió, dejando el pico, con el que estaba desmenuzando en pequeños trozos una vieja lápida agrietada, se enjugó el sudor de la frente y señaló a un muro de pequeños nichos, allá al fondo—. Ahí le había enterrado hacía sólo día y medio, señor. Y ahora, nadie sabe dónde está el pobre. Justo al lado de su nicho sepulté ayer a una pobre chica soltera embarazada que se suicidó hace dos días. Pobre Sally, tan joven.

—¿Usted no vive aquí?

—¿En el cementerio? Cielos, no. Esto queda muy solitario y triste por la noche. No es que me den miedo los muertos, claro. Ellos no se pueden mover de donde están. Pero me gusta echar un trago y charlar con los amigos, como todo el mundo. Vivo a la entrada del pueblo. El constable Whiting vino a buscarme anoche para informarme de lo ocurrido. No fue difícil dar con la tumba removida.

—Sí, ya lo sé. ¿Nunca había ocurrido antes algo así en este cementerio?

—Que yo sepa, no —se encogió de hombros el sepulturero—. Pero lo cierto es que tampoco jamás se me ocurrió pensarlo. Imagino que no es difícil robar una tumba por la noche, dejarlo todo aparentemente igual y largarse con el difunto. Si a uno no se le ocurre revisar el sepulcro, nunca se descubre nada. Y claro está que no forma parte de mi trabajo inspeccionar cada día todas las tumbas del cementerio, amigo.

—De modo que pudo haber sucedido antes algo parecido, sin saberlo usted.

—Bueno, la posibilidad siempre existe, pero ¿por qué querría nadie robar los cadáveres aquí enterrados? —se interesó Corey, el sepulturero, mirando a Drury fijamente.

—¿Por qué quiso nadie robar anoche el cuerpo del joven Perkins? —replicó Howard.

—Sí, claro, vistas así las cosas… —el hombre se rascó la nuca,

pensativo—. La verdad, no entiendo nada de lo que pasa. El mundo está volviéndose loco, amigo, eso es seguro.

Drury no quiso discutir la cuestión con aquel hombre vulgar y tosco. Se despidió de él con un gesto y siguió caminando entre las tumbas. Llegó ante los nichos y contempló uno descubierto, con un féretro vacío dentro, y la losa en tierra. No era difícil suponer que aquél fue el lugar profanado la noche antes.

Dirigió su mirada al pie del muro funerario. El agua formaba allí un amplio charco, en el que pudo contemplarse. Su bota de goma batió la superficie, enfangándola. Se inclinó con rapidez. A sus espaldas, el sepulturero había vuelto a su tarea de desmenuzar la lápida.

Recogió algo que había estado sumergido en el charco hasta entonces, y que su pie, al remover el fondo, había dejado asomar.

Era un tubo de tabletas. Un pequeño tubo metálico, de color gris, con el nombre de un fármaco. Lo agitó. Sonaban píldoras en su interior. Cuidadosamente, guardó el tubo en el bolsillo. Ciertamente, sabía que podía pertenecer al propio Corey, o quizá al constable, que estuvo allí mismo la noche antes. O a cualquier visitan te del camposanto.

Pero también podía pertenecer a los profanadores de tumbas. Era solo una posibilidad, y no debía pasarse por alto. El doctor Fitzgerald podía informarle de alguna persona de la localidad que tomase ese medicamento, si no pertenecía a un forastero.

Regresó por donde había llegado, despidiéndose de pasada del sepulturero, que apenas si le hizo caso. Llegó a la salida. Y el rumor de la hojarasca, al otro lado del sendero, atrajo su atención.

Miró hacia allá. No vio a nadie. Pero las hojas se movían ligeramente, como si un ave acabara de levantar el vuelo. Oteó el cielo nuboso. No se veía rastro alguno de un pájaro en vuelo. También podía ser una lagartija o un pequeño reptil. Pero podía ser *otra* cosa. Una persona, por ejemplo. Una persona que no quería ser vista. Y que vigilaba. Que le vigilaba *a él*.

Echó a andar con indiferencia, camino adelante, como si no hubiera notado nada especial. No le gustaba sentirse vigilado. Pero ésa era la sensación que experimentaba ahora. Miraba al suelo fijamente. Los charcos hacían de espejo. Captó otro movimiento más leve en los arbustos, un poco detrás de él. Apenas si hizo ruido. Fingió no notarlo. Proseguía su camino, impasible.

Llegó ante el poste indicador que señalaba el sendero del hospital y del centro de investigación nuclear. Se paró, como si dudase. A su derecha, los ramajes se habían movido otra vez. Le seguía alguien entre los arbustos.

Rápido, saltó inesperadamente sobre éstos. Su cuerpo se hundió en la espesura, levantando un alud de agua depositada en su hojarasca por la lluvia. Pero encontró algo más que agua y verdor.

Un ser humano lanzó una imprecación y rodó bajo su impulso. Logró aterrarle con ambas manos, reduciéndole contra el fango. Sus piernas presionaron fuertemente sobre el desconocido, impidiéndole moverse.

—¡No me haga nada, por favor! —clamó una voz apagada—. ¡No pretendía hacerle daño! ¡No me juzgue mal, señor!

Drury miró con perplejidad a la persona que reducía a la impotencia, entre los arbustos, el agua y el barro. Aflojó su presión, realmente desconcertado.

Su presa era una mujer.

Una mujer joven y muy hermosa.

Capítulo IV

—¿Siempre anda por ahí, espiando a la gente?

Ella tardó algo en responder. Estaba secándose con el pañuelo del propio Drury, y sus ropas aparecían lastimosamente mojadas y sucias de barro. Pero aun así era atractiva aquella mujer, con su roja melena cayendo sobre sus hombros, sus verdes ojos profundos y su llamativa figura envuelta en aquellas ropas de hombre, nada adecuadas para lucir el tipo. El pantalón tejano era desvaído de color, las botas aparecían rebozadas en barro y el chaquetón de cuero, sobre la camisa de algodón, era más propio de un muchacho motorista que de una mujer joven y con encantos.

A pesar de todo ello, resultaba elegante, con esa rara elegancia que no precisa de ropas lujosas ni de suntuosos tocados. Había algo fascinante en aquella desconocida, pensaba Drury, mientras la dejaba tomar aliento, sentada en una piedra del sendero, limpiándose el rostro de agua y fango.

—Usted es muy rudo —comentó ella—. Pudo haberme invitado a salir, y lo hubiera hecho.

—Lo siento de veras. No podía saber que era una mujer quien se escondía en los arbustos, vigilándome.

—No le hubiera vigilado, si no llega a visitar el cementerio.

—¿Por qué le preocupa tanto el cementerio?

—Es una larga historia —suspiró ella, encogiéndose de hombros—. Además, usted es forastero.

—¿Cómo lo supo? —dijo Drury irónicamente.

—Déjese de bromas. Hoy me he enterado de lo que sucedió en el pueblo anoche. Esa chica que vio robar una tumba y todo lo demás…

—¿Es eso motivo para que vigile el cementerio, señorita? Para eso está la policía, imagino.

—En primer lugar, no soy señorita. Mi nombre es Victoria Mason y soy esposa de Lloyd Mason, el actual propietario de Ingram Manor, en Blyth Hill. Aunque todos acostumbran a llamarme simplemente Vicky. ¿Y usted quién es?

—Como bien dijo, un forastero. Vendedor a comisión. Ya sabe, de acá para allá, vendiendo a la gente los productos de la firma que me contrató. Mi nombre es Howard Drury. Puede llamarme solamente Howard. Es como lo hacen mis amigos.

—Muy amable por esas palabras —sonrió ella con sarcasmo—. ¿Trata siempre igual a sus amigos?

—Depende de muchas cosas. Anoche no sólo robaron un cadáver, Vicky. Asesinaron a un hombre, arrollándolo con un automóvil ante mis propios ojos.

—¡Que horror! —ella le miró, abriendo mucho sus verdes ojos—. Eso no lo sabía… Creí que Falstone era un lugar tranquilo… Al menos lo ha sido en los tres años que llevamos viviendo en Blyth Hill…

—Ya me hablaron de ustedes. Su llegada coincidió casi con el asesinato de un viajero junto al cementerio, ¿no es cierto? —y miró con fijeza a la dama al hablar así.

—Creo que así fue, en efecto —asintió ella, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Eso debió convencerme entonces de que este lugar no era lo que parecía. Pero en tres años, no ha vuelto a ocurrir nada raro aquí.

—Al menos, nada que usted sepa.

—¿Eh? —pestañeó, observándole—. ¿Qué quiere decir con eso?

—No, nada —rechazó él, ambiguamente—. Dígame, Vicky, ¿va a perdonarme que la haya tratado así?

—Por supuesto —sonrió ella, devolviéndole el pañuelo, empapado en barro—. El incidente está olvidado, Howard. Y para convencerle de ello, le invito a venir conmigo a casa y almorzar con nosotros. ¿Qué le parece la idea?

—Bueno, la verdad es que no sé si debo aceptar ese ofrecimiento. Soy un perfecto desconocido y apenas si nos conocemos…

—Vamos, no sea tonto. El azar ha hecho que entablemos una relación. No hay por qué romperla tan pronto. Yo bajo rara vez al pueblo. Es mejor aprovechar este momento. Resulta agradable conocer de vez en cuando a alguien que no vive en Falstone, créame.

—De todos modos, debo almorzar en la fonda. La señora Armagh podría preocuparse si no llego a la hora…

—Bah, no se preocupe por eso. Puede telefonear a la señora Armagh desde casa, y anunciarle que almorzará con nosotros. Eso le dará cieno prestigio en el pueblo —añadió, riendo—. Los Mason no invitan frecuentemente a los extraños a su casa.

Le tomó amigablemente del brazo, y echó a andar hacia el sendero donde se anunciaba el camino a Blyth Hill. Apenas hubieron penetrado en él, Drury vio apoyada en un árbol una motocicleta de marca japonesa, moderna, ligera y rápida, de color rojo guinda.

—Le llevaré a casa en mi moto —dijo ella, risueña—. Es mi medio habitual de transporte por estos parajes. No tiene nada que temer. Conduzco muy bien, Howard.

Subió a espaldas de ella. La rodeó la cintura con sus brazos, al acomodarse al sillín posterior. Era fácil cercar aquel talle. Notó la calidez de la piel femenina, a través del algodón mojado de su camisa,

y ello le produjo una rara excitación.

Vicky Mason partió sendero adelante, conduciendo la motocicleta con fácil pericia. Drury se dijo que éste era un extraño y algo sospechoso modo de iniciar una amistad con un desconocido, pero consideró que era preferible dejar seguir su cauce a los acontecimientos, sin oponerse decididamente a ellos. A fin de cuentas, no resultaba nada desagradable sentirse cerca de una mujer como Vicky Mason.

* * *

Lloyd Mason resultó ser un hombre joven, pero algo maduro ya para una mujer como Vicky. Drury calculó que rozaría los cuarenta, mientras ella aún distaba algo de los treinta. Pero tuvo que reconocer que era un individuo apuesto, elegante, bien parecido, y sin duda de éxito asegurado entre las mujeres. Los ojos oscuros y vivos, las facciones firmes y angulosas, la boca enérgica, los cabellos negros, salpicados de plateadas canas en las sienes, y su esbelta y alta figura, hacían de Lloyd Mason un tipo realmente interesante para el otro sexo.

En cambio, su primo Elliot Sherman era todo lo contrario: pequeño, rechoncho, medio calvo, de cabello ambiguamente castaño claro, ralo y escaso, nula elegancia, modales toscos y rostro vulgar, en el que sólo destacaba la línea halconada de su nariz y el destello astuto de unos ojos pequeños, acuosos y fríos.

Se saludaron todos entre si cuando Vicky hizo las presentaciones en el amplio y confortable living de Ingram Manor, la vieja casa de los Ingram, situada en lo alto de la colina Blyth, como las mansiones de las viejas películas de terror. Sus tres torreones se alzaban majestuosamente, dándole un aire gótico y algo tétrico al edificio de sólida piedra, rodeado de espesura y vegetación por doquier. Drury observó la mutilación de as tres cúspides y recordó el comentario de la señora Armagh: «No me gustan los Mason. Derribaron las cruces de los torreones. Tres cruces. Hijos del diablo, diría yo…»

Si realmente eran hijos del diablo, como creía la buena mujer, tenían un aspecto bastante normal y saludable, pensó divertido Drury. Pero observó, ciertamente, que en el living se descubría en un muro una señal más limpia sobre la piedra, en forma de cruz.

Alguien había quitado de allí un crucifijo que permaneciera largo tiempo en su lugar. Pero no ser creyente, no resultaba un delito, al menos ante la ley de los hombres.

—Vicky no acostumbra a confiar en extraños, señor Drury —habló Lloyd Mason, tras invitarle a sentarse y servirle un oporto—. Le aseguro que estoy sorprendido con la actitud de mi esposa hacia usted.

—Lo imagino —sonrió Howard—. Y más aún, después de lo sucedido anoche. También parecían ser forasteros los ladrones del cementerio…

Lloyd Mason frunció el ceño, pensativo, y saboreó en silencio su *sherry* dorado. Luego afirmó despacio, mirando a su esposa y a su primo Elliot.

—Tiene toda la razón —aprobó—. Sin embargo, Vicky sigue siempre sus impulsos. Le tengo advertido que no visite tan a menudo el cementerio, que eso no arregla nada. Pero jamás ha querido hacerme caso en ese sentido.

—De modo que visita ese lugar con asiduidad —Drury se volvió hacia ella—. Me dijo que era una larga historia, ¿no?

Ella afirmó. Las verdes pupilas estaban algo ensombrecidas ahora.

—Sí, lo es —admitió—. Pero puedo referírsela en pocas palabras. Tuve un hermano al que adoraba. Ahora reposa en ese cementerio desde hace casi tres años, Howard. Murió apenas llegamos aquí. No se pudo hacer nada por salvar la vida del pobre Charles. Era un tumor cerebral, aunque pensábamos que se trataba solamente de migrañas y de rarezas. Todo fue muy rápido. Tenía quince años al morir. ¿Lo entiende ahora?

En los hermosos ojos jaspeados se había cuajado el llanto. Drury inclinó la cabeza, asintiendo.

—Claro que lo entiendo —murmuró—. De veras lo siento. Me porté indignamente con usted, Vicky.

—No, no. Yo tuve la culpa. Esta mañana no pensaba ir hasta allí. Pero la noticia del robo del cadáver de aquel joven, me inquietó. Pensé si alguien… si alguien se querría llevar los restos de mi pobre hermano para algún objetivo siniestro…

—Te dije que eso es una tontería, querida prima —terció Elliot Sherman con su voz, que sonaba chirriante y desagradable—. De Charles debe quedar ya poco, después de casi tres años sepultado. Nadie creo que quiera llevarse los restos que puedan quedar en su tosa…

—Ciertamente —apoyó el marido—. Siempre se ha dicho que los cadáveres robados suelen ser recientes, porque son los que sirven para investigaciones médicas y todo eso.

—Aún no sabemos si realmente los quieren para eso, señor Mason —replicó fríamente Howard.

Lloyd Mason se volvió vivamente hacia él. Meneó la cabeza.

—¿Para qué, si no, podrían querer cuerpos humanos sin vida, señor Drury? —objetó—. Ese robo sacrílego no tendría sentido, si no se utilizasen en discreción y cosas por el estilo.

—Creo que deberíamos dejar ese tema tan poco grato —juzgó

Sherman torciendo el gesto—. Señor Drury, ¿qué es lo que vende usted en realidad?

—Algo que me temo no les sea útil a ustedes —sonrió Howard—. Material quirúrgico, instrumental para hospitales y todo eso.

—Tiene razón —rió Mason de buen humor—. Quisiera haberle comprado algo, pero un escalpelo, un bisturí o unas tijeras de cirujano me temo que no me sirvieran de mucho. Por favor, venga por aquí. Le mostraré la mansión. Luego, muestro mayordomo nos avisará cuando esté listo el almuerzo.

—Estoy a su disposición, señor Mason —asintió Drury—. Pero antes quisiera avisar a mí patrona de que no iré a comer. La buena mujer se alarmaría sin duda, si no regreso a la hora del almuerzo y no sabe nada de mí.

—Venga. Puede telefonear desde la biblioteca, amigo mío.

Drury así lo hizo. Al colgar, informó a su anfitrión:

—Según la señora Armagh, ha habido desprendí miento de tierras a causa de la lluvia, y algunas inundaciones en la región. La carretera general está interceptada por el momento.

—Sí, es lo que suele suceder en esta región cuando llega la temporada de las lluvias —suspiró Mason, moviendo la cabeza con desaliento—. Varaos, señor Drury. Le mostraré nuestra propiedad.

* * *

—Ha sido una comida excelente. Y su compañía no pudo resultar más grata para mí, señores —ponderó Howard Drury, caminando hacia los límites de Ingram Manor, en compañía de Lloyd y Vicky Mason—. ¿Cómo puede agradecer un modesto vendedor comisionista un honor tan elevado a su persona?

—Haciéndonos otro honor, mi querido amigo —sonrió ella—. Visitando a menudo Ingram Manor, que es un lugar bastante aburrido, cuando no hay personas como usted en él.

—Vicky tiene razón —apoyó Lloyd—. Siempre será bien recibido aquí, Drury. Como un auténtico amigo, se lo aseguro.

—Todos son muy amables conmigo suspiró Howard, deteniéndose a la entrada de la mansión, donde los altos setos formaban una entrada natural, con arcada de vegetación bien cuidada. Miró atrás, a la sólida y gótica silueta de la casa de tres torreones—. Les prometo volver. Pero me gustaría poder corresponderles de alguna forma.

—Su compañía es la mejor compensación, Drury —dijo Lloyd Mason afablemente, estrechando su mano—. No soy un marido celoso, ni mucho menos. Mi esposa necesita amigos. No importa demasiado que usted sea joven y arrogante, amigo mío. Confío ciegamente en

ella. Sé que nunca me abandonaría por nadie. Ni siquiera por un joven como usted.

Fue algo raro. Drury miró pensativo el rostro de su anfitrión. No captó en él ironía alguna. Tampoco, ciertamente, expresión celosa o de sospecha hacia él. Sencillamente, parecía estar muy seguro de lo que decía. Sus oscuros ojos tenían una helada determinación, un profundo brillo casi fanático.

Dirigió una rápida ojeada de soslayo a Vicky. La pelirroja belleza sonreía apaciblemente, como si todo aquello no fuese con ella. Se sintió un poco desconcertado. E incómodo también.

—Tiene usted una esposa singularmente bella, Mason —ponderó —. Pero yo tampoco soy de los que acostumbran a abusar de la hospitalidad de los demás.

—Lo sé —sonrió Lloyd Mason—. Lo sé. Por eso me gustaría verle de nuevo por aquí. Tiene que cenar alguna vez con nosotros. Una cena especial, preparada previamente para un invitado de honor… Deje eso en mi mano, Drury. Avise cuándo va a volver con cierta antelación… y le prometo una velada incomparable.

—Está bien, así lo haré —asintió Howard— Pero no creo que me quede aquí más de un par de fechas. Ya conocen mi forma de vida. He de ir de un lado a otro, es mi trabajo.

—Aun así, le esperamos de nuevo —dijo Vicky, apoyando sus manos en el brazo de él—. No nos falle, amigo Howard. Le estaremos esperando.

—Haré lo posible por volver, al menos antes de partir de Falstone —aseguró Drury, antes de marcharse definitivamente de Ingram Manor, de regreso a la población.

Apenas si chispeaba ligeramente en estos momentos, pero el trueno tamborileaba muy lejano, y el horizonte tenía un denso color negruzco que presagiaba nuevas precipitaciones torrenciales para aquella misma noche. Apresuró su caminar por el sendero fangoso.

Ingram Manor y sus habitantes quedó definitivamente atrás. La espesura ocultó muy pronto la colina y los torreones desprovistos de cruces, Drury se dijo que, en efecto, los Mason eran gente exquisita y amable, pero rara. Muy rara.

Lloyd Mason estaba demasiado seguro, para tener una esposa tan bella y espontánea. El, en su lugar, no se hubiera sentido tan convencido de que la presencia de otro hombre en nada podía alterar la normalidad de su vida conyugal. Era como si Mason se sintiera auténtico *dueño* de ella. Como si la tuviera sometida férreamente a su entera voluntad.

La lluvia comenzó a incrementarse poco después. Lamentó no tener, como Vicky Mason, una motocicleta para regresar más deprisa y

meterse bajo techado. Subió el cuello de su gabardina y se encasquetó mejor el sombrero, apresurando el paso lo más posible.

Pronto alcanzó la bifurcación de senderos, ante las verjas del cementerio. La lluvia formaba una cortina tenue, a través de la cual adquiría todo un color azulino en las primeras horas de la tarde. Pero el cementerio, con sus altas hierbas y sus lápidas y cruces, parecía cobrar tonos grisáceos, casi lúgubres. No se veía ni rastro de Corey, el sepulturero.

Drury hubiera seguido adelante, de no ser porque de súbito su atención se vio requerida por un signo de vida dentro del cementerio. Paró en seco. Centró su mirada en el camposanto, quitándose de las cejas y párpados el agua de lluvia acumulada durante los últimos minutos, para ver mejor.

No había duda. Había vida dentro del recinto funerario. Pero no se trataba del viejo Corey. Sus ojos acababan de captar la presencia de dos figuras enlutadas deambulando entre las lápidas.

Eso, por sí solo, carecía de importancia. Cualquiera podía visitar a sus deudos difuntas en una tarde lluviosa. Pero las dos siluetas humanas se movían junto al muro de nichos del fondo, donde se recortaban sus figuras nítidamente. Estaban junto al nicho vacío del joven Perkins.

Recordó vagamente algo que mencionara el sepulturero aquella mañana: «Justo al lado de ese nicho sepulté ayer a una pobre chica soltera, embarazada, que se suicidó hace dos días. Pobre Sally, tan joven…»

Sepultada el día anterior, muerta dos días antes. Joven, embarazada… Aquellas dos personas estaban justamente al lado del nicho de Perkins. Quizá ante el nicho de la muchacha suicida, la infortunada Sally…

Se decidió. Corrió hacia el cementerio, agazapado. No cometió el error de abrir la puerta, cuyo chirrido le hubiera delatado. Sencillamente, saltó por un punto la no muy elevada verja, y se hundió en la alta espesura silvestre, junto a una lápida y dos cruces de piedra. Los visitantes del camposanto giraron la cabeza al creer captar un chasquido de ramajes. Drury no se movió, encogido entre los altos brotes. Los enlutados parecieron convencidos de que era todo efecto de la lluvia y la brisa en los ramajes. Siguieron con su labor.

Drury escudriñó, apartando cautelosamente las hierbas con sus manos. Sintió un escalofrío que subía por su espina dorsal, hormigueándole heladamente la nuca.

Los intrusos estaban destapando un nicho. A sus pies, aparentemente sin vida, yacía Corey, el sepulturero, con la cabeza ensangrentada. Tenía él pico junto a él, también bañado en sangre. Lo

sucedido parecía tan obvio como espantoso. Habían asesinado al buen sepulturero, el viejo y fornido Corey…

Y estaban robando otro cadáver, el de la muchacha suicida.

Drury se dispuso a hacer algo. Su mano se alargó, aferrando un trozo de piedra blanca, desprendido de una lápida. Había que impedir esa nueva profanación.

Se incorporó, disponiéndose a precipitarse sobre los ladrones de tumbas.

En ese preciso momento, algo pareció desprenderse silenciosamente del cielo y estrellarse contra su cráneo. Notó un dolor agudo, súbito e insoportable. Ante sus ojos, todo dio vueltas y se encendieron millares de luces en vertiginoso carrusel enloquecedor.

Luego, el suelo vino a su encuentro, se golpeó contra él y todo se hizo oscuro a su alrededor.

Capítulo V

—Parece que vuelve en sí. Este tuvo más suerte que el pobre Corey…

De momento no identificó la voz. Luego, le pareció que era el constable Whiting quien hablaba, con su habitual tono rutinario e indiferente. Abrió los ojos, a costa de un profundo dolor que sacudió su cerebro como si fuese un tratamiento de shock.

Gimió, bajando de nuevo los párpados. Se removió donde yacía, y de nuevo el dolor, insufrible, aguijoneó con mil alfileres su mente. Le costó rehacerse de esos efectos devastadores. —Vaya con calma, Drury —aconsejó otra voz apacible—. Sentirá bastante dolor, pero está fuera de peligro. Pudieron haberle matado, claro. Sin embargo, tiene la cabeza lo bastante dura como para salir de esto.

Por fin logró entrever algo sin sentir excesivo dolor. Las imágenes eran confusas al principio. Luego, paulatinamente, se fueron aclarando y centrando, como una imagen mal enfocada por una cámara. Pudo ver con cierta nitidez al constable Whiting y al doctor Fitzgerald, inclinados sobre él solícitamente.

Algo más atrás, le fue posible descubrir a dos mujeres, una era la señora Armagh. La otra, para su sor presa, la enfermera Vickers, uniformada de blanco.

—¿Qué ha pasado, exactamente? —preguntó Drury.

—Eso quisiera yo saber —replicó el policía—. Le encontramos en el cementerio, junto al cadáver del sepulturero Corey, muerto de un golpe de pico en el cráneo. Habían robado otro cadáver.

—Lo sé. El de Sally, la chica soltera embarazada, ¿no?

—Diablos, ¿cómo sabe eso? —receló Whiting, mirándole con las cejas arqueadas.

—Corey mencionó eso por la tarde, cuando pasé la primera vez por el cementerio.

—¿Cuándo fue eso?

—Alrededor de las once de la mañana. Luego fui a Ingram Manor.

—¿Adónde? —se asombró el doctor Fitzgerald, parpadeando vivamente.

—A casa de los Mason. Conocí a Vicky Mason y me invitaron a almorzar.

—Eso es cierto. El señor Drury me llamó desde allí para informarme de ello —terció la señora Armagh.

—Vaya, parece que tiene buenas e influyentes amistades para ser

un recién llegado —comentó agriamente Whiting, escudriñando con malhumor a Howard Drury—, ¿Por qué volvió al cementerio después?

—Fue al regresar a Falstone. Vi a alguien junto a los nichos y recordé lo que dijera Corey sobre el entierro de ayer. Veo que se ha confirmado mi sospecha. Otro cadáver robado. Reciente en su tumba también. Doctor Fitzgerald, ¿no habrá de veras un Frankenstein en estos alrededores, creando un nuevo monstruo con despojos de difuntos?

—Dios mío, Drury, ¿también usted? —se quejó el médico—. No puede pensar eso seriamente…

—No pienso eso, doctor —admitió Drury, que iba sintiéndose mejor—, Pero ¿qué explicación tiene todo esto para cualquier persona sensata?

—Si es que yo soy sensato, para mí ninguna —confesó francamente Whiting, rascándose los cabellos bajo su gorra de policía—, ¿vio a los ladrones del nicho de Sally Field?

—Borrosamente. Eran dos tipos vestidos de negro. Uno era bajo y fornido. El otro, algo más alto, pero no tanto como el cojo al que mató aquel coche en la noche pasada. Vestían impermeables negros, de material plástico, y sombreros impermeables. Es cuanto puedo recordar. Ah, también llevaban guantes oscuros.

—De modo que no dejarían huellas en el mango del pico qué he guardado para su examen por peritos de Scotland Yard. Me lo temía.

—¿Ninguno de ellos le atacó? —quiso saber el doctor Fitzgerald.

—No, ninguno. Yo iba a atacarles a ellos cuando vi a sus pies el cadáver de Corey. Pero alguien debía vigilar y me sorprendió, atacándome por la espalda. Me asombra que no me mataran allí mismo.

—No iludieron —suspiró Whiting, meneando la cabeza—. En esos momentos, el padre O'Rourke, de la iglesia católica local, pasaba por allí en compañía de la enfermera Sarah Denver, compañera de la señorita Vickers en el hospital, que regresaban de éste tras atender a un paciente grave, cada uno en su especialidad. Vieron huir a unos hombres entre la maleza, cargados con un largo fardo, en dirección a la parte trasera del cementerio, donde debieron tomar un automóvil, porque oyeron trepidar un motor. Alarmados, entraron en el cementerio y dieron con usted y con el cadáver de Corey, apresurándose a avisarme. Creo que de no oír aproximarse al cura y a la señorita Denver, le hubieran rematado a usted, Drury.

—Sí, yo también lo creo —murmuró él, torciendo el gesto con aire preocupado—. Tendré que tener cuidado en lo sucesivo… Su ciudad no es precisamente un paraíso de paz, constable.

—Lo era, al menos hasta llegar usted —gruñó ásperamente el

policía.

—Vamos, vamos, no diga eso —replicó Drury, beligerante—. ¿Qué sabemos de lo sucedido en este tiempo atrás, hasta que la enfermera Vickers descubrió que estaban robando un cuerpo? ¿Cuántas personas recién muertas no estarán ya en sus tumbas en ese cementerio? ¿No será posible que el robo de cadáveres date ya de tiempo atrás y muchos sepulcros estén vacíos? ¿Existe alguna garantía de que no sea así?

—Pues… la verdad, no —negó Whiting, confuso—. Y será difícil conseguir averiguarlo. Para exhumar cuerpos sepultados allí, hace falta una orden judicial en cada caso, mediante solicitud o aprobación familiar. Y dudo mucho que ambas cosas sean factibles, por mucho que digamos en ese sentido, Drury. Pero estoy con usted. Algo muy raro y siniestro lleva tiempo incubándose aquí, en Falstone, sin que ninguno nos hayamos dado cuenta exacta de ello hasta ahora.

—Desgraciadamente, constable, pienso lo mismo —admitió Drury amargamente.

La enfermera Vickers se aproximó a él. Se inclinó, sonriéndole. Tenía mejor color, parecía realmente recuperada de su crisis nerviosa, y sus azules ojos brillaban cordiales y casi amistosos al fijarse en él.

—Señor Drury, tengo mucho que agradecerle, ahora lo sé —dijo suavemente—. La señora Armagh me contó su valerosa actitud de anoche, persiguiendo al horrible hombre cojo que me miraba por la ventana, bajo la lluvia. Usted evitó que me creyeran loca todos los demás. Estoy segura de que aquel hombre pretendía causarme daño…

—Es muy posible. Usted le había visto claramente y podía identificarle, señorita Vickers —sonrió Drury, incorporándose, con cierto dolor que soportó estoicamente, en el lecho de la fonda, donde le acomodaran mientras estaba inconsciente—. Por eso intentaron silenciarla. Y al fallarles eso, silenciaron a su fracasado agresor. Eso significa que detrás de esos robos macabros hay algo oscuro y terrible, que no alcanzo a comprender.

—Sea ello lo que sea, ya no tengo miedo —dijo ella serenamente —. No debí dejarme vencer de ese modo por mis nervios.

—A cualquiera podría haberle sucedido, créame —suspiró Howard —. Usted, aunque no lo crea, es una joven muy valerosa. Ese cementerio, esas profanaciones, esa gente siniestra que ultraja tumbas… Todo ello es realmente terrible, capaz de asustar a cualquiera.

—Pues ya lo ve: no me van a asustar en lo sucesivo —sonrió ella con energía—. Ya me siento mucho mejor. Incluso voy a ir a mí trabajo, como siempre.

—¿Protegida? —quiso saber Drury, volviéndose hacia el constable.

—Desde luego —se apresuró a afirmar éste—. Ella no la quiere, pero yo insisto. Un agente mío la seguirá a prudencial distancia para que no corra riesgos inútiles.

—No me gusta sentirme vigilada. Tarde o temprano tengo que vivir mi villa, sin niñeras de la policía. Cuanto antes, mejor.

—Opino como Whiting, señorita Vickers —dijo Drury—. Ojalá esto termine pronto y pueda normalizarse su vida. De momento, es preferible evitar riesgos.

—Tal vez tenga razón —admitió la enfermera, encogiéndose de hombros—. Bien, señores, me marcho a mí trabajo. Le deseo suerte en sus pesquisas, constable.

—Voy a necesitarla, créame —dijo éste con aire lúgubre.

En ese momento, la puerta se abrió. Apareció un agente uniformado que carraspeó, discreto, haciéndose notar. Whiting se volvió, haciéndole un gesto mientras fruncía el ceño, intrigado por su presencia.

—Vamos, Woody, hable —le invitó su jefe—. ¿Ocurre algo?

—¿Si ocurre? —el policía resopló—. Vaya que sí, señor. Y nada bueno…

—Cielos, no —se quejó Whiting—. ¿Más problemas? Hable de una vez. ¿Qué sucede?

—Pues verá, señor… Se trata del cadáver sin identificar, el del hombre cojo, en la Morgue…

—¿Qué? —masculló Whiting, palideciendo—. ¿Qué pasa con él, maldita sea?

—Que no *está*. Que alguien se lo ha llevado del depósito de cadáveres. Ha desaparecido, señor…

* * *

Howard Drury contempló tristemente la calle desde la ventana de su habitación. Luego se puso una chaqueta y descendió a la planta baja. La señora Armagh se ocupaba en preparar el almuerzo. Desde la cocina, un aroma a excelente comida así lo demostraba clara mente.

Asomó al bar y se sirvió un oporto, dejando su importe junto a un cenicero de cerámica con la marca de un célebre whisky escocés. Lo saboreó, viendo llover a través de las vidrieras de ventanales y puerta. Era depresivo. No cesaba de llover ni un momento. Por las calles corrían auténticos arroyos de agua tumultuosa.

Un aparato de radio a transistores emitía desde una repisa música bailable, mezclada con publicidad local. En un determinado momento, la emisión se interrumpió para dar la noticia de que un fuerte corrimiento de tierra, no lejos de allí, había provocado un accidente

de carretera. Se había despeñado un autocar de viajeros, sin que se supiera a ciencia cierta aún el número de víctimas, si bien se calculaba que había varios muertos en el suceso.

Drury suspiró, moviendo la cabeza con desaliento.

—Lo que faltaba —murmuró, mientras la radio seguía su programa transmitiendo música de los Beatles que, si en un tiempo fue febril indicativo de su momento, ahora sonaba a nostalgia y evocación sentimental—. No hay ni una buena noticia…

Miró su reloj. Era casi mediodía. De repente, tomó una decisión. Se encaminó a la puerta, tomando del colgador su impermeable y sombrero. Salió a la calle, con un tintineo en la puerta. Se aventuró en la densa cortina de lluvia que todo lo diluía en grises sombríos. Le costó cruzar la calle, y aun ello a costa de empaparse de agua hasta media pierna. Por fin llegó bajo la estrecha marquesina de la farmacia y droguería local. Entró en ella, con el inevitable campanilleo que marcaba el acceso de cualquiera a través de aquella puerta.

Un hombre de avanzada edad, en bata blanca, se aproximó a él por el fondo del largo mostrador, limpiando con un pañuelo los cristales de sus gafas de montura metálica.

—¿Qué desea, señor? —preguntó amablemente.

Drury extrajo de su bolsillo el tubo metálico que hallara en el cementerio y lo mostró al farmacéutico.

—Quisiera un tubo como éste —dijo con sencillez.

—¿Cómo ese? —el farmacéutico lo tomó, examinándolo atentamente. Luego se lo devolvió, arqueando las cejas—. Imposible, señor.

—¿Por qué?

—No se despacha sin receta. Por otro lado, tiene aún varías cápsulas ahí. Suficientes para una semana cuando menos. ¿Se lo recetó el doctor Fitzgerald?

—Lo ignoro. No es mío, sino de un amigo. Quisiera saber si la receta la extendió el doctor Fitzgerald. Él no me lo ha dicho, pero me indicó que usted me lo serviría sin más trámites.

—Pues su amigo se equivocó —el farmacéutico arrugó el ceño, receloso—. Es un producto que no se puede vender sin prescripción facultativa, compréndalo. Su amigo, al menos, le habrá dicho de qué se trata…

—Algo me dijo. No fue muy elocuente. Creo que es para el catarro…

—¡Para el catarro! —rió el hombre de la farmacia, despectivo—. Vamos, vamos. Si es así, su amigo le tomó el pelo. Poca gente consume ese fármaco en esta población, señor. Es un potente barbitúrico, un somnífero y sedante muy fuerte. Tenga cuidado con

eso y no tome ninguna cápsula de ahí. Y que su amigo venga personalmente a por ello, si quiere que se lo sirvan.

—Está bien, disculpe —se excusó Drury, pensativo—. ¿.Seguro que mi amigo lo adquirió aquí?

—Si vive en Falstone, seguro. Es la única farmacia —manifestó el otro con acritud—. ¿Cómo se llama su amigo? Comprobaré su receta en mi registro…

—Es igual, no se preocupe —sonrió Drury, encogiéndose de hombros y saliendo con rapidez de la farmacia.

Se alejó del establecimiento. Sabía que hubiera sido inútil pretender saber qué personas de Falstone adquirían esas cápsulas. Era un farmacéutico chapado a la antigua, de los que no dirían nada al respecto, protegiendo el secreto profesional. Se preguntó si el doctor Fitzgerald sería más accesible en ese sentido. Pero no se hizo muchas ilusiones al respecto. En los sitios pequeños, la gente era desconfiada por naturaleza, y más en lo que afectaba a su ética profesional. Tendría que darle las cápsulas al constable Whiting, y que él investigase el asunto por su cuenta.

Regresó a la fonda. Al entrar, la señora Armagh acudió al campanilleo de la puerta, mirándole con reproche.

—No debió salir a la calle con este tiempo, señor Drury —le reprendió—. El doctor dijo que debía guardar reposo un par de días, a causa de la herida en su cabeza…

—No importa. Me siento mejor —suspiró Howard, olfateando el aire—. Debe estar haciendo algún manjar. Huele a gloria, señora Armagh.

—Oh, eso —se sintió ella halagada—. Siempre agrada que alguien sepa apreciar lo que una guisa, créame. ¿Va a sentarse en el salón?

—Sí, esperaré allí la hora de comer. ¿No ha habido ninguna novedad?

—Ninguna, gracias a Dios —se persignó ella—. Después de lo de ayer, creo que ya hemos tenido suficiente. Los muertos desaparecen en Falstone como si se los tragase la tierra.

—Peor aún. Ni siquiera están en la tierra, que es donde deberían hallarse —comentó Drury sombríamente, pasando al salón donde crepitaban los leños del hogar acogedoramente, y seguían sonando las voces de los Beatles en la pequeña radio.

La señora Armagh regresó a su cocina. Drury se sirvió otro oporto, dejando de nuevo el dinero en el mostrador. Se acomodó ante la chimenea. Los Beatles dejaron de cantar en la radio. Emitieron tres o cuatro anuncios. Luego, la voz de un locutor informó:

—Boletín de noticias de última hora. Se confirma que hay varios muertos en el desgraciado accidente de autobús cerca de Bellingham,

en la carretera de Falstone, junto al río North Tyne, en cuyas orillas se encuentra volcado el vehículo. Las tareas de rescate prosiguen en un clima totalmente adverso, dadas las torrenciales lluvias y el desprendimiento de piedras y tierra allí producido por los aluviones… En otro orden de cosas, ha corrido por la región el rumor de que un posible accidente haya tenido lugar días atrás en el Centro de Investigación Nuclear que el Gobierno instaló recientemente en esta misma región norte de Northumberland, ya que se sabe de forma oficiosa que varios obreros de dicho Centro han sido evacuados en ambulancias, con rumbo desconocido, aunque fuentes solventes hayan negado tal posibilidad. El hecho de haberse detectado recientemente residuos radiactivos en la zona, acaso procedentes de ese Centro, denunciados en su momento por la vecindad, aumenta la incertidumbre sobre lo que haya podido suceder dentro del recinto nuclear contra el que tan airadas voces se levantaron con motivo de su inauguración… Seguimos con música bailable. Escuchen ahora a los Beatles en sus canciones de toda una época…

Drury había fruncido el ceño, escuchando las noticias. Las voces de Paul y John, allá en la radio, le hicieron desviar sus pensamientos de tan sombría información. Movió la cabeza y se dijo en voz alta:

—Sólo faltaba eso… Supongo que serán alarmas infundadas, como sucede siempre en esas cuestiones de energía nuclear frente a pacifistas y ecologistas…

—Se equivoca, Drury —dijo una apacible voz a su espalda—. Me temo que eso que han dicho en la radio es absolutamente cierto.

Howard se volvió, sorprendido, mirando al doctor Fitzgerald, que avanzaba hacia él, tras dejar su paraguas y su impermeable en el perchero, frotándose las mojadas manos con gesto contrariado.

—¿De veras, doctor? —dudó—. ¿Hay alguna confirmación de esa noticia?

—Oficialmente, no. Pero yo le puedo decir que es cierto. En el hospital han sido ingresados esta mañana a primera hora seis obreros del Centro Nuclear. Mostraban quemaduras y lesiones radiactivas. Dos de ellos han muerto hace sólo una hora. Pero nos está prohibido revelar esto de forma oficial. Unos expertos nucleares estén ya en viaje desde Londres, apenas conocida la noticia.

—Cielos… ¿Qué sucedió allí, realmente?

—No lo sabemos. Todo es confuso. Parece ser que alguna válvula de seguridad cedió, o cosa parecida. Además, la denuncia popular es cierta. Hay residuos radiactivos en la zona, de nivel contaminante superior al tolerable. Las lluvias hacen el resto, dispersando en mayor extensión los desperdicios contaminados. Un día, todos esos locos nos enviarán al infierno, Drury, no le quepa duda.

—Sí, es posible —admitió Howard, moviendo pensativo su copa de oporto contra la luz de las llamas—. Hablando de otras cosas, doctor, ¿alguna novedad sobre lo del cementerio y el depósito de cadáveres?

—Nada de nada —rechazó Fitzgerald—. Ni un rastro, ni una pista. Nada.

—¿Es fácil entrar en la Morgue y robar un cuerpo?

—Muy fácil. Yo soy el único forense de la localidad. El depósito tiene un guardián sordomudo, un pobre infeliz que trabaja allí por un sueldo miserable. Casi nunca tiene tarea. Pero ese puesto le ayuda a vivir. No se enteró de nada, no oyó nada. El constable cree que se lo llevaron en un coche aparcado en la parte trasera de la Morgue. Allí hay una puertecilla que da a un patio interior. Desde ese patio es fácil pasar al depósito. Y la cerradura, aunque no estaba violentada, tampoco ofrece dificultades para ser accionada por una ganzúa normal. ¿Quién puede pensar que alguien va a robar un cadáver de un depósito judicial, después de todo?

—Ahora se están robando cadáveres de todas partes, doctor: el cementerio, la Morgue… Me pregunto por qué.

—Yo también. Y todo el pueblo. Hay un clima de auténtico terror. Miran con miedo a los demás, sobre todo a los desconocidos. Vaya con cuidado, no piensen los más aprensivos que usted tenga algo que ver en esos robos fúnebres.

—Lo tendré en cuenta, doctor, no se preocupe —sacó de su bolsillo el tubo de cápsulas hallado en el cementerio y lo mostró a su interlocutor—. ¿Conoce este medicamento, por casualidad?

El doctor Fitzgerald miró el tubo sin pestañear. Luego cambió con Drury una ojeada de sorpresa y extrañeza.

—Por casualidad, no —replicó—. Es un fármaco. Un sedante muy potente. ¿Lo usa usted?

—No. Duermo muy bien sin necesidad de barbitúricos, créame.

—¿Entonces…?

—Lo encontré en el cementerio. Al pie del nicho de Jerry Perkins.

—Vaya, eso es extraño… —comentó el médico, enarcando las cejas.

—Muy extraño. Yo pienso si podría pertenecer a uno de los ladrones de cadáveres.

—Es posible, sí. ¿Se lo ha mostrado al constable Whiting?

—No, doctor. He preferido que lo viera usted antes.

—Mal hecho. Debió dárselo a la policía. ¿Qué pretende hacer con eso?

—Saber qué persona de Falstone toma este sedante. Usted tiene que saberlo, ¿no?

—No necesariamente. Quizá yo no lo receté.

—Precisa receta obligatoriamente. Y usted es el único médico aquí.

—Pudieron traerlo de fuera, ¿lo ha pensado? Sobre todo, si los ladrones de cuerpos son forasteros…

—Pero valdría la pena saber antes quiénes, de esta comunidad, consume este medicamento. ¿No le parece, doctor?

—No lo sé. Personalmente, no puedo decirle nada. Mi obligación como módico es guardar el secreto profesional, a menos que la policía o un juez me obliguen a revelar algo que sea vital para una investigación de tipo criminal.

—Entiendo. Me está sugiriendo que sólo puedo dárselo a Whiting y esperar que él lo aclare.

—Exacto. Él es el policía, ¿no es verdad? Deje que haga su trabajo y no se meta usted a detective particular. Eso sólo sale bien en las novelas o en el cine.

—Creí que lo importante era hallar la explicación a todo esto, fuese como fuese.

—Todos deseamos que se aclare el misterio. Pero es asunto del constable, no suyo ni mío, Drury —se acercó a él y cambió de tema—: No he venido a hablar con usted de todo esto, sino a interesarme por su estado de salud. ¿Cómo va ese golpe?

—Bien. Apenas si siento un leve dolor de cabeza. De ésta no moriré, doctor —rió Drury gravemente.

—Tanto mejor —suspiró él—. Ya hemos tenido últimamente demasiados cadáveres. ¿Ha oído la radio?

—Sí. ¿Se refiere al autobús siniestrado?

—Exacto. Voy de paso hacia el hospital. Entre los heridos del Centro Nuclear y el autobús, creo que tendremos bastante trabajo hoy. Ah, por favor, dígale a la señora Armagh que la señorita Vickers se quedará a comer en el hospital a causa de la excesiva tarea. Vendrá a cenar, imagino. Buenos días, señor Drury.

—Buenos días, doctor. La daré el medicamento al constable. Sigo pensando que pertenece a uno de los profanadores de sepulturas.

El médico asintió con un vago movimiento de cabeza, recuperó su paraguas y su impermeable, y abandonó la ronda, adentrándose en la implacable lluvia torrencial.

Capítulo VI

Sheila Vickers llegó muy cansada aquella tarde, mientras la lluvia continuaba en el exterior, no tan fuerte ahora, pero sí persistente hasta la irritación.

Entró, lanzando un hondo suspiro, con gesto fatigado, dejando su bicicleta junto al muro. Se quitó sus prendas impermeables, dejando ver el uniforme de enfermera debajo. Venía pálida y fatigada.

—Suerte que me trajo el reverendo Turner en su *jeep* —comentó en voz alta—. De otro modo, hubiera tenido que quedarme en el hospital sin remedio.

—¿Tan duro ha sido? —preguntó Drury, que leía un diario sentado cerca del fuego.

—Peor aún. Ha sido un día terrible de trabajo.

—Sí, lo supongo. El doctor roe habló de ello. El Centro Nuclear, el autobús…

Ella le miró pensativa, moviendo la cabeza.

—Los del autobús aún no han llegado. Al parecer, el equipo de salvamento se quedó bloqueado junto al rio a causa de otro desprendimiento. Allí siguen los cadáveres y los heridos a la espera de que amaine el temporal. Pero lo del Centro… ha sido peor de lo que imaginábamos.

—¿Muchas víctimas?

—Sí —ella eludió el tema, que parecía ser algo «tabú»—. Muchas.

—¿Muertos?

—Sólo tres de momento. Pero hay seis graves. Los demás creo que están fuera de peligro. Intoxicaciones y heridas superficiales, simples quemaduras nada más. De todos modos, tengo que volver.

—¿Volver al hospital? ¿Ahora? —se alarmó Drury.

—Sí, ¿por qué no? —ella le miró, sorprendida.

—Anochecerá en breve —Howard señaló al exterior—. Apenas si se ve ya. No puede volver allí en estas condiciones compréndalo. Y menos ocurriendo lo que está ocurriendo…

—No tema por mí —sonrió ella—. No pienso acercarme al cementerio, si es eso lo que teme. Si sigue lloviendo como ahora, con menor intensidad, podré pasar con mi bicicleta. En esa zona, los charcos son pronto absorbidos o se canalizan hacia los cercanos arroyos y canales de riego. Cenaré algo caliente de lo que haya guisado la señora Armagh, me daré una ducha y me cambiaré de ropas, para regresar allí lo antes posible. El doctor Fitzgerald me

necesita, y mucho, durante toda la noche, aunque lo haya negado.

—Podría acompañarla.

—¿Usted? No, no —rió suavemente—. Gracias, amigo Drury, pero no será necesario. Le aseguro que no necesito ya escolta. Esa gente sabe a estas horas que sólo podía identificar al tipo cojo, y ése está muerto.

—Muerto y desaparecido —comentó agriamente Drury.

—Cierto —hubo un estremecimiento claro en ella. Pero respiró con fuerza y sonrió a pesar de todo—. Iré sola, créame. No tengo miedo. Hay que quitarse complejos de encima. No va a ocurrir nada, estoy segura de ello.

—A mí me gustaría estar tan seguro como usted —fue el breve comentario de Howard Drury, mientras ella se alejaba hacia la cocina, para informar de su llegada a la señora Armagh, antes de dirigirse a su habitación de la planta alta.

Howard Drury no dijo nada más. Se limitó a seguir leyendo, hasta que la patrona de la fonda avisó de que la cena estaba servida. Aún no había noticias de Whiting, el policía local, tras haberle dado esa misma tarde la medicina. Drury pensaba que tal vez, estaba intentando descubrir algo, rompiendo las normas del secreto profesional. De momento, sólo podría lidiar con el viejo farmacéutico, puesto que no había trazas de que el doctor Fitzgerald pudiera regresar del hospital a su consulta particular.

Sheila Vickers bajó a cenar con un uniforme nuevo y almidonado, pulcra y bien peinada. Su rostro aparecía algo más animado, con un leve carmín en sus mejillas. Se sentó cerca de Drury, sonriéndole levemente, y se puso a cenar con rapidez, tras consultar su reloj.

La cena transcurrió en silencio. Por fin, mientras Drury estaba iniciando el segundo plato, Sheila se ponía en pie, terminada velozmente su comida, y se despedía de la señora Armagh, recogiendo su impermeable y su caperuza.

—Buenas noches, Drury —dijo, dirigiéndose a la bicicleta.

—Buenas noches, señorita Vickers —dijo Howard, ceñudo, siguiéndola con la mirada.

La vio abandonar la fonda y lanzarse en su bicicleta a través de la noche, bajo la ahora tenue llovizna. Preocupado, Howard se frotó el mentón, fija su mirada en el fuego del hogar.

—No me gusta —gruñó entre dientes—. No sé por qué, no me gasta que esa chica salga ahora hacia el hospital… y quisiera saber la razón exacta. Tal vez sea sólo un presentimiento, pero… pero me temo que algo horrible puede suceder…

Se sobresaltó cuando un chisporroteo, en la chimenea, marcó el estallido inmediato de una rama alcanzada por el fuego.

* * *

No cesaba de llover, pero al menos era sólo una leve llovizna persistente, la que batía sobre el oscuro paraje desde que el aguacero torrencial cesara, a primeras horas de aquella tarde. El sendero, aunque encharcado en algunas partes y cubierto de fango en otras, era practicable para una joven experta con la bicicleta, como Sheila Vickers.

La joven enfermera rodaba infatigablemente, sendero adelante, en dirección al hospital. Estaba llegando ya al nivel de las cercas del viejo cementerio, donde los caminos se bifurcaban hacia el hospital y el centro de investigaciones atómicas por un lado, y la mansión de Blyth Hill por el otro.

La viajera pensaba que tal vez no le faltaba cierta razón a aquel joven y arrogante vendedor a comisión que era su compañero de albergue en casa de la buena señora Armagh. Se hubiera sentido mucho mejor llevando compañía en aquel nocturno viaje.

Pero ya era tarde para pensar en eso. Estaba en camino y eso era lo que contaba. Ya no podía volverse atrás. Su obligación estaba en el hospital, atendiendo heridos y ayudando a los demás en la lucha por salvar vidas y aliviar el dolor. Para eso era enfermera. Los riesgos no importaban. Además, no creía ya correr riesgo alguno. Todo aquello de los ladrones de tumbas había quedado atrás. Ella no podía identificar a nadie, de modo que sería ridículo que pretendieran causarle daño alguno.

La bicicleta rodó más deprisa cuando Sheila vislumbró en las sombras de la tenebrosa noche la vecindad del cementerio. Instintivamente, una rara aprensión la invadió, como sucediera cuando fue testigo de aquel robo profano.

No quiso mirar a las cercas del camposanto, para evitarse inquietudes. Mantuvo fija ante sí la mirada, pendiente solo de los accidentes del camino, de los grandes charcos y barrizales que iba salvando con su liviano vehículo.

Estaba a punto de dejar atrás el cementerio. Respiró con cierto alivio, al darse cuenta de ello. Y entonces cometió su gran error.

Miró de soslayo, para decir virtualmente adiós, por esa noche al menos, al recinto funerario. El corazón se le heló en el pecho. Y la sangre pareció cristalizarse en forma de hielo mortal dentro de las venas.

Había luces *dentro* del cementerio. Luces bailoteantes, que se movían entre las lápidas, cruces y espesura silvestre. Luces difusas, como de linterna, moviéndose de forma fantasmal.

Su sobresalto fue tan grande, que perdió el equilibrio en la

bicicleta. Y dio con ella y con su propia persona en tierra, chapoteando dentro de un negro charco.

Apenas rodó entre el agua y el barro, supo que su bicicleta acababa de romperse, al doblarse violentamente el manillar y notar que una de las ruedas se arrugaba, abollándose contra una piedra. Entre dientes, se lamentó del percance, que la dejaba sin medio de locomoción, a bastante distancia del hospital, en una noche inclemente… y, sobre todo, al lado mismo del cementerio, en cuyo interior había *alguien*…

Recordó de súbito algo que oyera decir al doctor Fitzgerald aquella tarde, a primera hora, cuando el tercer obrero del Centro Nuclear falleció de resultas de las graves lesiones sufridas en el siniestro de la instalación atómica:

—Los enfermeros trasladarán los tres cadáveres al depósito del cementerio, donde permanecerán aislados hasta que mañana se avise del peligro de contaminación que sus cuerpos pueden suponer. Pero no podemos hacer nada mientras no llegan aquí los expertos del Gobierno, desde Londres. Será mejor que en ese viejo depósito en desuso, permanezcan hasta mañana, lejos de todo posible contacto con la gente…

Las palabras martillearon su mente como alfilerazos ahora. Trató de ver en la oscuridad, vislumbrar las luces bailoteantes, como siniestros fuegos fatuos, que se movían momentos antes dentro del recinto fúnebre.

Volvió a verlas desde el suelo, donde permanecía empapada y temblorosa. Su cuerpo sufrió una convulsión.

Sabía lo suficiente de aquel cementerio para localizar el punto exacto donde esas lámparas se movían de forma tan sigilosa y espectral.

¡El depósito!

Alguien iba a robar los cuerpos sin vida posiblemente, pensó aterrada. ¡Unos cuerpos contaminados de radiactividad mortal!

Esto, con ser horrible, no lo era tanto como el hecho de verse de nuevo enfrentado al horror que iniciara aquel clima de pesadilla en Falstone.

Los ladrones de sepulcros…

La joven enfermera notó que se le erizaban los cabellos en la nuca al evocar el horrible instante en que sorprendiera a los dos ladrones de tumbas, uno de los cuales, a su vez, había sido ahora robado de la Morgue local, tras ser asesinado por sus compinches.

Ahora, con su bicicleta rota, incapacitada para huir del escenario del nuevo horror, asistía a un nuevo robo fúnebre, posiblemente el de los nuevos cadáveres llegados allí desde el hospital sólo unas escasas horas antes.

La verja del cementerio chirrió ligeramente en la noche oscura e inclemente, con un gemido de metal oxidado que evocaba inevitablemente el que pudiese producir un féretro al abrirse, o una cripta funeraria al ser profanada. Se incorporó, angustiada, saliendo del charco chorreando agua por sus ropas y cabellos.

Trastabilló con la bicicleta rota, estando a punto de caer. Se aferró a unos arbustos para mantener el equilibrio, la mirada fija con profundo horror en la puerta del cementerio, por la que salían ahora unos hombres

vestidos de negro, con impermeables de plástico que chorreaban también agua de lluvia, y caperuzas de igual color fúnebre, prestándoles el aspecto de extraños y tétricos monjes surgidos de alguna región maldita, en su ritual que más tenía de ofrenda al diablo que de servicio a Dios.

Los hombres eran tres. Llevaban entre ellos unas tétricas bolsas de tela plastificada oscura, envolviendo algo de forma alargada, inconfundible y siniestro: cuerpos humanos. También esos fardos eran tres. Tres, como los muertos trasladados por los enfermeros del doctor Fitzgerald hasta el depósito del cementerio aquella misma tarde. Tres cuerpos contaminados por las radiaciones nucleares. Tres cuerpos que podían desatar una epidemia por simple contagio, como temía el doctor.

Se movieron pesadamente con sus fardos. Uno de ellos portaba en una mano una linterna encendida, de luz rojiza. La hizo oscilar en torno, oteando los alrededores.

Para su desgracia, la enfermera observó que su destello hería las barras metálicas de su bicicleta, arrancando un reflejo plateado.

—¡Eh, mirad! —jadeó una voz ronca, en el silencio profundo de la noche, sólo roto por el leve rumor de la llovizna constante—. Una bicicleta caída en el camino…

Sheila Vickers notó de nuevo aquel frío glacial oprimiendo su corazón con zarpa crispada. Si recorrían los alrededores, darían inevitablemente con ella. No quería ni pensar lo que podía suceder en tal caso…

Se agazapó cuanto pudo, entre los arbustos del otro lado del sendero, esperando no ser advertida. Su corazón era como un caballo desbocado, pegando golpes en el pecho, en un martilleo frenético.

—Maldita sea —farfulló otra voz—. Mirad por ahí. Recuerdo que aquella condenada chica de la otra vez también usaba bicicleta. Es capaz de andar de nuevo por estos parajes.

—¿Con una noche semejante, y habiendo en el pueblo el pánico que hay? —dudó el otro con voz ronca—. No lo creo, pero mirare. Esperad un momento aquí.

Depositó su fardo en tierra y avanzó resueltamente hacia la retorcida bicicleta, que alumbró con su linterna de roja pantalla. La examinó críticamente y meneó la cabeza, alzando la luz y alumbrando con ella de modo espectral los alrededores. La hojarasca mojada y los matorrales se inundaron de resplandor rojizo.

—Está rota —dijo—. Y para mí, todas las bicicletas son iguales. Miraré, por si acaso, pero no creo que haya nadie por estos alrededores. El que perdió su vehículo debió largarse lo más deprisa posible de aquí.

Echó a andar pesadamente. La claridad roja reveló sus chanclos negros, de goma, chapoteando en charcos y fangales, camino del lado contrario del sendero.

Camino justamente de donde ella se hallaba.

—Dios, no —musitó mentalmente ella, mordiéndose el labio inferior, con un terror creciente—. Eso no. Si me encuentra me asesinará, no hay duda… Seré un cadáver más para sus oscuros experimentos…

El hombre estaba cada vez más cerca. La luz escarlata teñía ya de rojo incluso sus manos, crispadas tras los empapados arbustos que la protegían. Llegó a un punto tan próximo a ella, que le hubiera bastado a la aterrorizada enfermera alargar la mano para tocar con sus dedos los pliegues del impermeable negro. La luz roja le impedía captar las facciones que se ocultaban bajo la caperuza de plástico negro y reluciente.

—Yo no veo nada —refunfuño el individuo, dirigiéndose a sus compañeros.

Y en ese instante, bajó la luz, dando de lleno al rostro de la muchacha, que se tiñó de claridad roja.

Abrió la boca para gritar, dominada por un pánico irracional.

Una fuerte mano tapó sus labios, la amordazó brutalmente, cortando de raíz todo posible sonido de su garganta. Sheila creyó morir de horror.

Capítulo VII

La sombra del hombretón siniestro se proyectaba encima de su cuerpo, en toda su aterradora proximidad. La luz escarlata bañaba su faz lívida, demudada. Y la mano recia, nervuda, que le impedía dar rienda suelta a su pánico con aquel alarido que hubiese sido capaz de desgarrar el silencio de la noche lluviosa como una afilada hoja de acero podría hacerlo con un cortinaje de seda negra.

Lo raro, lo increíble, es que el hombre ni la vio.

En el instante mismo de proyectar la luz de su linterna sobre ella, había girado la cabeza hacia los otros, para añadir con brusquedad:

—Bueno, está claro que aquí no hay bicho viviente. Vámonos ya de una maldita vez.

Y emprendió el regreso, tranquilamente, pisando fuerte en el barro, y apartando la luz reveladora de la figura encogida de Sheila Vickers. La oscuridad envolvió de nuevo a la muchacha.

Pero la mano seguía cerrando rudamente su boca, como en una angustiosa pesadilla sin fin ni sentido.

—No grite, no diga nada —susurró una voz a su oído apagadamente—. Si lo hace, creo que nada ni nadie nos salvará, señorita Vickers.

Respiró hondo. Un profundo, inesperado alivio invadió su cuerpo. El corazón palpitó ya menos tumultuosamente, y aquel helado miedo que la dominaba, dio paso a una confortante sensación de seguridad y de sosiego.

Había conocido la voz profunda y varonil. El hombre que tapara su boca tan oportunamente, era el joven forastero, su compañero de pensión, Howard Drury.

Miró de soslayo. Descubrió, a sus espaldas, entre los matorrales espesos, la figura agazapada del viajante londinense, cuya presencia no podía comprender aún, pero que la llenaba de alivio y de gratitud. Él la sonrió en la sombra. El lejano reflejo de la linterna roja hizo destacar el blanco de sus dientes.

Ella pestañeó, dándole a entender que comprendía, y moviendo afirmativamente la cabeza. Drury quitó su mano de la boca de la muchacha. Sheila pudo devolverle la sonrisa con bastante facilidad, dadas las circunstancias vividas.

El hizo un gesto con su mano, llevando el dedo a los labios. Luego señaló a los profanadores de sepulcros, reunidos de nuevo a la puerta del cementerio, cada uno con su fúnebre carga.

—Siga en silencio —susurró—. Veamos qué hacen.

El de la linterna estaba explicando lo inútil de su búsqueda. Los otros asintieron, y echaron a andar hacia un extremo de la cerca del camposanto. Desaparecieron en la oscuridad con sus cargas humanas.

Por un momento, Drury y su compañera pensaron que los habían perdido definitivamente, pero estaban en un error. Reaparecieron los tres, esta vez con un triciclo de los que se usan habitualmente para carga y transporte en los lugares provincianos. Sólo que en su caja posterior iba ahora una tétrica mercancía: los tres cuerpos envueltos en lona plastificada.

—Los llevaré a la casa —dijo uno de ellos, subiendo al liviano vehículo—. ¿Qué hacéis vosotros entre tanto?

—Iremos tras de ti, andando —dijo otro—. Cuanto menos ruido hagamos, tanto mejor. El coche ha sido descrito ya a la policía. No conviene que lo vean deambular por ahí otra vez, al menos de momento. Ese maldito forastero de la fonda del pueblo contó muy claramente lo que vio al morir Scott. Ya puedes irte tú con la carga, Irving.

El llamado Irving partió con el triciclo. Drury y ella cambiaron una mirada, tras agazaparle con rapidez en su escondrijo. El vehículo pasó junto a ellos, tomando uno de los senderos de la bifurcación.

El camino de Blyth Hill. La ruta de Ingram Manor, la casa de los Mason.

Se perdió en la noche, a buena velocidad, sonando sus ruedas sobre los charcos ruidosamente. Los otros dos hombres, ya sin carga, caminaron deprisa en pos de él, alejándose por la misma ruta.

Drury y Sheila se quedaron solos en el lúgubre paraje. La llovizna empapaba sus cabellos y coma por su rostro. Él puso una mano firme en el hombro de ella.

—¿Qué piensa hacer usted ahora? —murmuró—. ¿Seguir hacia el hospital?

—Andando tardaría mucho tiempo en esta oscuridad. Y el sendero es difícil a pie, tras tanta lluvia —se quejó ella—. Tendré que volver al pueblo y tomar un coche alquilado. ¿Y usted? ¿Qué hará ahora?

—Seguir a esos hombres.

—¿Qué? —ella le miró con profundo horror—. ¿Se ha vuelto loco?

—Nada de eso. Es la gran ocasión de descubrir la verdad que se oculta tras estos macabros robos, compréndalo. Ahora, o nunca.

—¿Y qué le importa a usted todo el asunto? Es cosa de Whiting, de la policía, si acaso del propio Scotland Yard, pero no de usted…

—Es asunto de todos, señorita Vickers. Algo siniestro y horrible se esconde tras esos sucesos. Hay que averiguarlo. Y la ocasión ideal es ésta.

—Drury, tengo que decirle algo: esos cadáveres robados ahora del depósito del cementerio… son radiactivos.

—Cielo, no. ¿Las víctimas del Centro Nuclear?

—Las mismas, si —afirmó ella, rotunda, mirándole muy fijo—. ¿Crees que es prudente tener contacto o proximidad con esos cuerpos ahora?

—Con más motivo, urge saber lo que sucede. Ese es el camino de Ingram Manor, pero no podemos estar seguros de que vayan allí precisamente. Podrían dirigirse a alguna otra parte que desconocemos, y sería un tremendo error acusar a los Mason de nada, sin evidencias concretas. Usted vaya al pueblo. Yo seguiré a esos hombres.

—¿Irme… sola? —gimió ella, estremeciéndose—. Cielos, no… Me da miedo.

—¿Miedo a qué? Los ladrones de cadáveres sabemos dónde están ahora…

—Aun así, tengo miedo a ir sola por ahí. Si viniese usted conmigo…

—No puedo, compréndalo. Es más importante esto que nada. Si perdemos a esos hombres esta vez, quizá no haya otra ocasión igual… ¿Por qué cree que la seguí esta noche, y he llegado tan a tiempo aquí? Porque me preocupaba usted y su seguridad personal. Iba tan despacio en su bicicleta, que a la carrera no me costó ir muy cerca de usted. Pero ahora es diferente. No tiene nada que temer en el pueblo. Y yo debo seguir a esa gente.

—Está bien —dijo ella con decisión—. Entonces, iré con usted.

—¿Conmigo? —se alarmó Drury—. Pero… pero usted tiene que ir al hospital…

—El doctor se arreglará bien sin mí, al menos durante un par de horas más. La señorita Denver es muy eficiente.

—Puede ser una aventura peligrosa para una mujer… —insistió Drury, dubitativo.

—Si usted va, yo iré. No pienso separarme de usted esta noche por nada del mundo.

—De acuerdo —suspiró él—. Venga conmigo. ¿Cree que sabrá guardar silencio, ocurra lo que ocurra?

—Por supuesto. A su lado no siento miedo alguno, Drury.

—Ojalá no cambie pronto de idea —murmuró él, moviendo la cabeza—, vamos ya. No debemos ir demasiado pegados a esa gente, pero tampoco perderles de vista.

La tomó de la mano y emprendieron la marcha resueltamente, aunque pisando con cautela para no producir ruido excesivo en los charcos. El fango, en cambio, resultaba idóneo para que sus pisadas se amortiguasen.

Para fortuna suya, la lluvia comenzó a intensificarse ligeramente. Eso la hizo también más ruidosa, especialmente al martillear en la espesa hojarasca que flanqueaba el sendero vecinal hacia Blyth Hill.

—Es providencial ese ruido —sonrió Howard—. Nos ayudará a disimular el ruido de nuestras pisadas…

Ella afirmó, apretando con fuerza la mano viril que sujetaba sus dedos, fríos y temblorosos. Se sentía segura junto a Drury, el atlético y joven forastero, era cierto.

Pero no podía olvidar que estaban metidos ambos en una sórdida y peligrosa aventura, siguiendo la pista a unos profanadores de tumbas que robaban cadáveres con misteriosos fines. Unos profanadores que no vacilaban en matar cuando se veían en apuros, como ya habían demostrado.

* * *

Ya no había error.

El edificio que se recortaba contra el sombrío cielo nuboso, era Ingram Manor. Estaban llegando a la casa de los Mason. Drury recordó su visita de aquella mañana, la belleza encantadora de Vicky Mason, la afable hospitalidad de su esposo, Lloyd, y la acritud constante de Elliot Sherman, el pariente. No podía imaginarse que ten tenebroso secreto tuviera su explicación y su origen en aquella casa. Pero de momento, todos los indicios señalaban en esa dirección.

—Es… es la vivienda de la familia Mason, ¿no es cierto? —susurró Sheila junto a su oído.

—Sí —afirmó Drury—. Estuve aquí esta mañana como invitado. Tal vez sea cosa de todos ellos, o solamente de uno, ignorándolo los demás. Veamos lo que hacen ahora esos tipos…

Delante de ellos, eran visibles ahora los dos hombres a quienes siguieran. Algo más allá, chirrió una puerta, tras los setos que circundaban la propiedad, y una leve luz brotó de algún punto.

La joven pareja se aventuró unos pasos más, agazapándose tras el seto. Drury miró por encima de él, cauteloso.

—Aquí obran con menos precauciones —indicó en un murmullo—. Se sienten seguros, no hay duda. Están metiendo el triciclo y la carga en un garage o cobertizo. La casa está a oscuras. No se ve luz en ninguna ventana.

—Quizá los dueños de la vivienda ignoren lo que está sucediendo en su propiedad —sugirió Sheila.

—Puede ser, pero no es fácil que *todos* estén al margen de esto —objetó Howard, pensativo—. Se alejan del garage ahora. Pero han dejado la puerta abierta. Apagan la luz. Sí, se van hacia la casa.

—¿Llevan con ellos los… los cadáveres?

—No. Los dejaron en el triciclo. Quizá vayan a informar a alguien de haber cumplido su misión.

Las figuras se perdieron tras la esquina del sombrío edificio central. Drury apretó suavemente el hombro de ella con sus dedos.

—Voy a investigar un poco —dijo—. Usted quédese aquí, esperándome.

—Dios mío, ¿adónde va ahora? —se asustó Sheila.

—A ese cobertizo. Tal vez haya en él algo interesante que ver.

—¡Es peligroso! Pueden sorprenderle, Drury. Además… recuerde que esos cadáveres están contaminados…

—Lo sé, lo sé. No pienso tocarles ni acercarme a ellos, se lo aseguro. Sólo echaré una ojeada rápida y volveré. No se alarme. Permanezca aquí quieta y, sobre todo, en silencio.

Ella no dijo nada. Drury se apartó de ella, caminó agazapado a lo largo del seto y salió al exterior, moviéndose cauteloso hacia el edificio anexo, donde se hallaba la amplia entrada al cobertizo o garage. No recordaba haber visto en su recorrido de aquella mañana esta zona de la propiedad.

Llegó a la entrada del cobertizo. Sus ojos, habituados a la oscuridad, vislumbraron el triciclo, aparcado al fondo, en una amplia nave oscura, junto a un viejo coche negro, un Austin de modelo anticuado, pesado y sólido.

—El coche homicida… —susurró entre dientes—. El que mató al ladrón de cadáveres que cojeaba… De modo que se ocultaba aquí ese vehículo. Empiezo a pensar que los Mason no son nada inocentes en este feo asunto. Pero ¿para qué pueden querer ellos estos cadáveres? No tienen aspecto de científicos precisamente…

El lugar no le ofrecía respuestas a esa pregunta. Olía a humedad y a lubricantes. Vio latas de aceite de motor y de gasolina en otro rincón. Y unos escalones laterales que conducían a una puertecilla metálica. Había una bombilla apagada, sobre esa puerta. Miró la delantera del coche antiguo para estar seguro del todo.

No había error posible. Tenía dos abolladuras y un cristal roto en un faro. Consecuencias del brutal atropello del cojo.

Clavó sus ojos en la puertecilla. Era una locura pensarlo, pero tal vez estuviese abierta y…

—No, no puede ser —rechazó mentalmente—. Sería demasiado sencillo.

Sin embargo, se aventuró. No se oía ruido alguno y podía hacer la prueba. Inmediatamente volvería con Sheila, se abriese aquella hoja metálica o no.

Subió con celeridad los cuatro escalones de piedra adosados al

muro del garage. Se detuvo ante la puerta misteriosa. Miró la bombilla sobre su cabeza, pensativo. Estaba envuelta en celofán rojo y dentro de una envoltura de alambre. No se explicaba para qué podía servir.

Alargó la mano. Tocó el tirador de la puerta. Era pesado y grande. Lógicamente, pensó, no cedería si le movía. Las cosas nunca eran tan sencillas, y menos en un caso como aquél.

Pese a ello, probó. No perdía nada con ello, se dijo.

Para sorpresa suya, el tirador giró suavemente, sin producir el más leve chirrido, como si el sistema de cerradura estuviese perfectamente engrasado. La puerta se abrió, sin más.

Y la bombilla roja, sobre su cabeza, se iluminó en el acto.

Alzó los ojos, ligeramente sobresaltado por el hecho. Era cono en los viejos frigoríficos. Al abrir la puerta, se encendía una luz de aviso de que la cámara se hallaba abierta.

Miró al interior, que también se había iluminado al abrir. Con una claridad azulada, lívida y espectral. Un vaho surgió de allí, haciéndole estremecer.

Era, realmente, una cámara frigorífica de enormes dimensiones.

—No entiendo… —murmuró—. ¿Qué hace aquí una cámara?

Dudó. Podía volver junto a Sheila tras cerrar aquello y dejar todo tal como estaba. Pero había sido muy rápido en su examen. Aguzó el oído, prestando atención al exterior del garage. No se escuchaba ruido alguno. Todo seguía igual.

Una simple ojeada rápida al recinto, no llevaría más de cinco segundos, pensó. Y lo hizo.

Se adentró en la iluminada y vasta cámara frigorífica. Era como las de los mataderos o las grandes tiendas de artículos alimenticios. Del tamaño de una gran habitación, alargada e iluminada por luz fluorescente, que teñía todo de un azul lívido.

Contempló lo que colgaba de los techos, cubierto de una tenue capa de hielo o escarcha, en aquel ámbito glacial, estremecedor.

E incrédulo, sacudido por un horror sin límites, lanzó una ronca exclamación, desorbitó sus ojos, y sus cabellos se erizaron, mientras un frío infinitamente superior al que reinaba allí dentro, recorría su espina dorsal.

—¡Dios mío, NO! —jadeó—. Esto no… no es posible…

Pero *era* posible.

Estaba allí, ante él. Colgando de garfios en los techos del refrigerador. Como terneras o cerdos traídos del matadero. Cortados en dos mitades, tétricos, céreos, espeluznantes en todo su macabro horror…

¡Cuerpos humanos, cadáveres de seres de ambos sexos, colgaban allí, en canal, como espantosa carnicería esperando el momento de ser

servida en una mesa!

Dominó un alarido de supremo espanto con un enorme esfuerzo de su voluntad, y anonadado, tambaleante, seguramente tan lívido como aquellos cadáveres colgantes que mostraban sus enrojecidas entrañas hendidas por un hacha o un cuchillo de matarife, trató de llegar a la puerta y abandonar aquel recinto de pesadilla.

Justo en ese momento, Sheila Vickers gritó agudamente allá fuera.

Y la puerta metálica se cerró con siniestro, seco golpe, dejándole encerrado en aquel recinto gélido, sometido a temperaturas bajísimas, en compañía de tan alucinante mercancía.

Capítulo VIII

Sheila Vickers había visto encenderse la luz roja en el interior del garage, y eso la inquietó.

Pensó que su compañero tardaba demasiado, que se estaba entreteniendo peligrosamente, dentro del cobertizo. A la claridad roja de la bombilla del muro, se había añadido casi inmediatamente después, un reflejo azulado, procedente de alguna parte. Se preguntó qué habría encontrado Drury en su correría.

Cada vez estaba más inquieta. No es que se apreciase señal alguna de alarma, pero algo le decía que las cosas no iban bien. Howard Drury quería ir demasiado lejos en su papel de investigador, y eso no era bueno. Había en aquel asunto un matiz siniestro, amenazador y terrible, que la tenía sobrecogida de terror.

Y de repente, ocurrió.

Sheila supo que el desastre estaba consumado. Lo comprendió al ver aparecer a la carrera a los tres ladrones de tumbas, lanzándose precipitadamente hacia el garage, procedentes de la casa, como si algo les hubiera avisado de que había allí dentro un intruso.

Entonces, Sheila se jugó valientemente el todo por el todo. Se incorporó, sin preocuparse de su propia seguridad personal, y al ver entrar a los tres hombres en el garage, precipitándose hacia la luz roja, lanzó un agudo grito de alerta, para avisar a Drury de lo que sucedía.

Pero, evidentemente, ya era tarde. Oyó un golpe seco, y tanto la bombilla roja como el resplandor azul se extinguieron, quedando el garage en sombras. Allá, en la casa principal, dos ventanas se habían iluminado bruscamente. O tal vez era, simplemente, que habían sido abiertos sus herméticos postigos por alguna razón.

Los hombres salían ahora del garage a la carrera. Habían oído su grito y la buscaban a ella. Con un gemido de terror, Sheila echó a correr hacia el sendero, lamentando haberse delatado así, pero sólo porque se daba cuenta de que su sacrificio había sido inútil, y que a estas horas, algo le sucedía a Drury, que hacía que el siniestro trío centrase su atención totalmente en ella.

—¡Es una mujer! —gritó uno de ellos—. ¡Que no escape, maldita sea!

Sheila corría como si el propio diablo la persiguiera. Los hombres chapotearon en el agua de lluvia al lanzarse velozmente en su persecución. La joven enfermera lamentaba en esos dramáticos momentos no haber hecho caso de las advertencias de su compañero y

haber vuelto al pueblo, para dirigirse luego al hospital. Pero ya era tarde para lamentarse de su error. Y lo terrible es que tanto ella como Drury estaban metidos hasta el cuello en una trampa que tenía todos los visos de ser mortal.

La hubieran alcanzado de todos modos, pero las cosas se precipitaron cuando, en su loco impulso por huir, pisó unas raíces y tropezó, perdiendo el equilibrio.

Cayó de bruces en un charco. Cuando quiso incorporarse para seguir corriendo, ya tres sombras amenazadoras la rodeaban. La luz roja de una linterna, cayó sobre ella, como un reguero sanguinolento, alumbrándola lúgubremente.

—Quieta ahí o te mato —silabeó uno de los hombres, haciendo sonar el ácido chasquido del muelle de una navaja automática.

La linterna roja se quebró con un destello escarlata sobre la afilada hoja de acero que apuntaba a su garganta. Respiró hondo, sintiendo que el frío de la muerte la calaba hasta los huesos, con más intensidad que el agua helada de aquel charco donde yacía ahora.

—¡Es la misma chica, la enfermera! —rezongó otro—. Mirad su uniforme…

—Es cierto —gruñó el de la navaja—. Una entrometida que no escarmienta, ¿eh? Vamos, preciosa, en pie. Y no hagas tonterías o te rebano el cuello.

Se incorporó despacio, tambaleante, empapada de agua y fango, con la aguda punta de la hoja de acero rozando su piel bajo la oreja. Miró despavorida a los tres hombres.

Ahora, sin sus caperuzas, los tres rostros eran visibles. Reconoció a uno de ellos como el compañero del individuo cojo de la primera noche en el cementerio. Los otros dos le eran totalmente desconocidos. Pero su rostro duro y áspero no presagiaba nada bueno para ella ni para Drury.

—Ahora, en marcha —ordenó el otro—. Volvamos a la casa. Tienes mucho que contarnos sobre tu paseo nocturno, no hay duda.

—¿Y… y mi… mi…? —comenzó ella, sintiendo castañear sus dientes.

—¿Tu compañero? —rió el hombre de la navaja—, A buen recaudo, no te preocupes. No escapará de donde está metido. De allí no se sale, a menos que se abra desde fuera. Es la más segura de las celdas, sólo que un poco fría…

Todos rieron ese comentario, que Sheila no entendía bien, pero que le causó todavía mayor zozobra y temor. Rodeada de sus captores, que sujetaban sus brazos con rudeza, llegó a la mansión. Una puerta de la casa estaba abierta e iluminada. Había en ella dos personas esperando, la mirada fija en el oscuro exterior. Ambos llevaban un

arma de fuego en la mano.

Y una de ellas era una mujer.

Sheila recordó que allí vivía un matrimonio con un pariente de uno de ellos. Si no estaba en un error, los dueños de la casa sabían perfectamente cuanto sucedía.

—¿Qué ha ocurrido exactamente, Elliot? —preguntó el hombre con voz autoritaria y firme, escudriñando las sombras.

—Nada irremediable, Lloyd —dijo el llamado Elliot sordamente. Y era el hombre de la navaja en su cuello el que tenía ese nombre—. Hemos cazado a dos merodeadores que llegaron demasiado lejos en su curiosidad. El hombre está en la cámara frigorífica. La chica está aquí. Es la enfermera de que te hablé.

La cámara frigorífica.

Sheila se estremeció, horrorizada. Ellos habían dicho antes que era «la más segura de las celdas, sólo que un poco fría»… Y también que «de allí no se salía, a menos que se abriese desde fuera»…

¡Drury estaba encerrado en una cámara frigorífica de la que nunca saldría, a menos que estos monstruos quisieran abrirle! La idea la llenó de un pánico irrefrenable, casi animal. Y también de un dolor sin límites.

—Por el amor de Dios… —se sorprendió ella misma, hablando en voz alta, con rara serenidad, como si se olvidase de sí misma y de sus propios problemas—. Saquen a Drury de allí. Puede morir…

—Drury, ¿eh? —comentó fríamente la voz de la mujer—, Te lo dije. Lloyd querido. Ese hombre me preocupaba. Es muy listo. Y muy atrevido.

—Pero muy torpe también —rió el llamado Lloyd ásperamente—. Ya has oído a Elliot. Está bien seguro en la cámara.

—Pero entonces, él ahora ya *sabe*… —apuntó ella, significativa.

—Claro que sabe. Demasiado, diría yo. Lo mismo que esta bella y temeraria joven. Me temo que ambos tendrán que correr la misma suerte.

—Tanto mejor —suspiró ella con indiferencia—. Tendremos carne más fresca que nunca, querido… Bien condimentados, Howard Drury y esta muchacha pueden estar muy sabrosos en nuestra cena de mañana…

Y rió siniestra, horriblemente, como si aquello fuese divertido, e incluso emocionante. Horrorizada, en el límite del pánico y del pavor, Sheila Vickers contempló la expresión glotona con que la pareja la contemplaba ahora, e incluso captó el modo especial que Lloyd Mason tuvo de humedecer sus labios con la punta de la lengua.

Para eso querían los ladrones de tumbas cadáveres no más antiguos de dos fechas. Eran caníbales. Devoradores de carne humana.

Los muertos eran su manjar, su reserva alimenticia…

* * *

Canibalismo…

Howard Drury llegaba en esos momentos a la misma escalofriante conclusión que su infortunada compañera de aventuras. Contemplando aquellos cuerpos humanos en congelación, abiertos en canal como piezas de ganado vacuno o lanar, la teoría era fácil y tomaba cuerpo de un modo preciso y enloquecedor.

Los Mason, sin duda, eran sibaritas de una aterradora condición, gente que disfrutaba con ciertos manjares prohibidos. Como otros sibaritas extraños almorzaban hormigas fritas en Nueva York o sesos de mono en Hong Kong, ellos comían carne humana.

Nada de experimentos científicos ni enloquecidos y nuevos Frankenstein. Simplemente aprovisionamiento de carne en cementerios y depósitos. Un horror inconcebible para una mente normal.

Sintió que el frío comenzaba a hacer efecto sobre él. Además, el hecho de ir empapado, iba helando la humedad sobre sus ropas y cabellos, empezando a sentir la rigidez glacial de la tela que envolvía su cuerpo, y los cristales del hielo en su cabeza. Tiritó, golpeándose repetidamente el cuerpo con ambos brazos, para evitar la rápida congelación y, con ella, la muerte cierta.

—Si permanezco mucho tiempo aquí, moriré helado —susurró, sin dejar de patear el sudo cubierto de blanca escarcha y batiendo sus manos y brazos entre sí y contra su cuerpo—, Y esos monstruos tendrán nueva y fresca carne en perfecto estado…

La idea le estremeció más aún que el propio frío mortal de aquel recinto. Porque no sólo él pasaría a formar parte del festín de los Mason, sino la propia Sheila, que a estas horas, sin duda alguna, estaba también en su poder.

—He sido un maldito imbécil trayéndola conmigo, y cometiendo el error de ir demasiado lejos en mis pesquisas —murmuró irritado—. ¿Cómo diablos se enteraron de que yo estaba dentro de esta cámara en esos momentos?

Bruscamente, la puerta del frigorífico se abrió. La luz azul le reveló de nuevo, tras la sombras que había compartido con los cadáveres colgados de los garfios del techo, todo el dramatismo espeluznante de aquella mercancía humana que le rodeaba.

Miró a la puerta. Reconoció en el acto a Elliot Sherman, el pariente de los Mason. Su rostro áspero y desabrido le contempló por encima de una pistola automática, provista de silenciador.

—Hola, Drury —saludó—. Salga de ahí o morirá congelado en menos de cinco minutos.

Tiritando, con un crujido de dientes, el joven abandonó el recinto, mirando a ambos lados, a los otros dos ladrones de cadáveres que escoltaban a Sherman. Uno era el mayordomo de los Mason. El otro, sin duda, el tipo que mencionara Sheila Vickers en su primer encuentro con los profanadores de sepulcros. Todos ellos iban armados. Y todas las armas de fuego eran silenciosas. Si les obligaba a disparar, nadie oiría las detonaciones.

—Venga con nosotros —dijo duramente Sherman—. Es lástima que esta vez no podamos ser tan hospitalarios con usted. Eso es lo malo de visitar sin anunciarse previamente. No resulta correcto, compréndalo.

—Sherman, ¿para qué me saca de ahí? —jadeó Drury, logrando articular palabras dificultosamente—. Creo que no van a dejarme vivo después de lo que he visto…

—Me temo que no. Pero aquí quien da las órdenes es mi prima Vicky, y ella quiere verle a usted cuanto antes en su presencia. Me limito a cumplir lo dispuesto. Quizá hayan pensado que la carne que se congela en vivo no tiene luego buen sabor —rió huecamente Sherman con macabro sentido del humor.

Drury se estremeció, aunque no a causa del frío, y permaneció silencioso mientras era conducido a la casa principal, donde ahora sí se veían luces en sus ventanas.

Sólo hizo una pregunta, momentos más tarde, temiendo recibir una respuesta:

—¿Y la chica? ¿Qué ha sido de ella?

—¿La enfermera Vickers? —sonrió Sherman—, Está bien, no tema. Aún vive. Por cierto, su sonrosada piel me hace imaginar que ella sí será un bocado digno de un monarca.

—Es usted un asqueroso cerdo, Sherman, un repugnante monstruo —se enfureció Drury, mirándole con odio.

—Quieto, amigo —le avisó duramente el otro—. No se ponga nervioso o será peor. Me encantará dejarle seco, no lo dude. No me cae usted bien. No me gustó desde el principio, y se lo dije así a Vicky. Pero ella manda, y parece que usted le gustó, no precisamente como posible plato exquisito.

—¿De modo que ella es la que manda aquí? ¿Y su marido?

—¿Lloyd? Es débil de carácter. Ella ideó todo esto y lo lleva a la práctica. Es una mujer firme y dominante, aunque con usted se dedicó a interpretar el papel de dulce criatura. Ya le digo que usted fe gusta. Pudimos matarle anteriormente, en el cementerio, cuando fue demasiado lejos otra vez. Pero ella no lo quiso. Quizá quiera probarle como macho, antes de probarle de otro modo —completó con su

habitual sentido repulsivo del humor.

—¿Y su marido lo vería como algo natural?

—¿Eso? —Sherman se echó a reír—. Ella hace lo que quiere, y Lloyd calla siempre. Es lo normal aquí. No se sorprenda de ello.

—Empiezo a no sorprenderme de nada —murmuró Drury, entrando en la casa.

Instantes después, pasaba a presencia de los Mason, en el confortable living de la mansión, donde horas antes estuviera como invitado deferentemente atendido. Ahora las cosas habían cambiado bastante. Vio sobre una mesita un tubo de metal con el mismo fármaco que entregase él a Whiting. Lloyd Mason estaba tomando una cápsula con un sorbo de agua.

—Insomnio ¿eh? —preguntó irónicamente Drury—. ¿Lo produce el exceso de cena… de cierto tipo?

Vicky se echó a reír suavemente. Lloyd le miró con fría ira.

—Muy listo —refunfuñó—. De modo que usted fue quien encontró mis tabletas…

—Así es —afirmó Drury, viendo en eso un resquicio de esperanza —. Será inútil que nos hagan asesinar. Whiting tiene ese medicamento y ha hablado ya con el doctor Fitzgerald y con el farmacéutico de Falstone. A estas horas ya tiene el nombre de los pacientes a quienes se despacha ese producto aquí. No tardará en venir por esta casa.

Los dos se echaron a reír simultáneamente. Drury arrugó el ceño. Vicky Mason se puso en pie y se acercó a él, mirándole provocativa. Aflora, la belfa pelirroja no tenía nada de modosa ni dulce. Sencillamente, era una fría máscara de hermosa maldad y frío cerebro.

—Muy astuto por su parte. Howard —aprobó—. Pero perfectamente inútil e ingenuo. No adquirimos aquí ese medicamento nunca. Lloyd va siempre a Newcastle o a Sunderland a comprarlo. Nadie en Falstone sabe que mi marido necesita eso para dormir por las noches.

—Y no sufro digestiones pesadas, —replicó a su vez Mason agresivo—. El insomnio es una dolencia especial que adquirí a través de unas fiebres tropicales, durante nuestra larga estancia en Africa.

—Africa… —repitió Drury—. ¿Adquirieron allí los hábitos gastronómicos que practican, posiblemente?

—Así es —afirmó Vicky, clavando en él sus ojos verdes jaspeados — Nos inició un indígena amigo mío. Primero nos produjo cierto asco. Luego comprendimos que era un maravilloso manjar, debidamente cocinado. Ya nunca pudimos dejar ese hábito. Pero resulta difícil y arriesgado obtener mercancía fresca, usted lo sabe.

—Y van cambiando de residencia, de sitio durante cierto número de años, hasta apurar las posibilidades de obtención de… de

mercancía.

—Exacto. Es encantador hablar con un hombre como usted —ella puso una mano suave, acariciadora, en el rostro de Drury, y él retrocedió, apartándose de ella vivamente. Los ojos de la mujer fulguraron—. ¿Qué le pasa, Howard? ¿Acaso no le gusto como mujer?

Howard la miró heladamente. Negó con la cabeza, de la que se desprendieron cristales de hielo y gotas de agua derretida.

—Me causa usted horror —dijo roncamente.

—Creí que esta mañana le resultaba atractiva —silabeó ella con dureza.

—Así es. Pero las cosas han cambiado mucho desde entonces. Su interior es horrible, Vicky. Da náuseas.

—¿Eso quiere decir que no está dispuesto a salvar su vida a cambio de… de un cautiverio agradable, con excelente trato y conmigo de compañera cuanto tiempo desee? No debe preocuparle Lloyd. Mi marido es muy moderno y muy complaciente. Nunca pone objeciones a mis caprichos. Elija, Howard. Le doy mi palabra de honor que no le serviré en ningún momento los mismos manjares que nosotros paladeamos… a menos que me lo pida. ¿Qué decide?

Howard miró a ambos. Luego se estremeció, hablando con aspereza, casi violento:

—Me dan ustedes horror y asco. Son dos ratas miserables, dos monstruos repulsivos. La muerte es un placer, al lado de soportarles un instante más, Vicky.

Ella le abofeteó con brutalidad. Drury sintió en su paladar el acre sabor de su propia sangre y el dolor de los impactos de aquella mano, blanca y suave de apariencia, pero ruda y cruel al golpear.

—Muy bien —dijo ella, rechinando los dientes, dominada por la cólera y el despecho. Sus hermosos senos se agitaron, convulsos, bajo su blusa—. Ya sabes lo que ha de hacerse con él y con la chica, Elliot. Llévalos a la cocina y termina con ambos. Mañana habrá festín especial gracias a la terquedad de este imbécil. ¡Buen viaje al infierno y a nuestro estómago, Howard Drury!

Estaba realmente furiosa por su fracaso. Había deseado a Howard y había fallado en sus propósitos sexuales. Ahora debía conformarse con darle placer a su paladar.

—Vamos, Drury —ordenó con acritud Sherman, haciendo un gesto al mayordomo y al llamado Irving, el ladrón de cadáveres—. Terminemos cuanto antes. No les haré sufrir. Sólo queremos su carne, no su dolor. En marcha. Lamentará lo poco que le queda de vida, haber abierto la puerta de esa cámara frigorífica, ignorando que la misma está conectada con una alarma especial al interior de esta casa.

Caminaron por la mansión, en dirección a las cocinas, dejando

atrás el living con los Mason. Su luz acogedora era como el fanal del fin de la vida y del mundo, quedándose allá lejos, a su espalda, mientras se encaraba a las tinieblas frías del largo corredor que llevaba al ala de servicio.

Llegó a la cocina rodeado por sus verdugos. Miró, estremecido, a la muchacha atada sobre una mesa de madera, como si fuese un pavo a punto de ser sacrificado.

—Sheila… —jadeó—. ¿Me permite que la llame ahora así?

—Claro, Howard —gimió ella roncamente, mirándole con vivo terror—. Van a sacrificamos, ¿no?

—Sí, eso me temo. Este es el matadero. Luego iremos a la cámara, para ser mañana festín de esas bestias abominables…

Se miraron ambos largamente. Una extraña, profunda emoción, parecía embargarles a él y a ella en estos momentos. A sus espaldas, sonó un chirriante roce. El mayordomo preparaba un juego de largos, grandes y afiladísimos cuchillos. El llamado Irving se aproximaba ya a Drury con cuerdas en su mano.

—Tenemos que atarle, como a ella —explicó Sherman, paciente—. Es mejor así. Si no se mueven apenas, el tajo es más certero, y el fin más rápido.

Hablaba con una frialdad espeluznante, como quien va a matar un par de conejos o de pollos y no a dos seres humanos llenos de vida. Drury sabía que resistir era inútil. Pero pensó que era mejor morir a tiros que de esa forma brutal e ignominiosa, como una bestia en el matadero.

—No va a conseguirlo, Sherman —desafió—. Tendrá que pegarme un tiro. Voy a resistirme hasta el fin.

Y avanzó, decidido, hacia el pariente de los Mason. Este alzó su pistola, para apretar el gatillo y abatir a su víctima sin más remisión.

Capítulo IX

Ese fue el ínstame en que algo conmovió la casa.

Un alarido terrible, largo y profundo, un estruendo de vidrios pulverizados, de maderas astilladas, de objetos golpeando el suelo en alguna parte. Después, disparos de armas provistas de silenciador, secos taponazos procedentes de un punto de la casa.

—¡Sherman; por Dios! —clamó la voz distante de Lloyd—. ¡Aquí!… ¡Es… *es horrible*!

El verdugo de Drury vaciló, confuso, mirando hacia atrás, al origen de la voz de su primo. Había en ésta un tono de angustia tal, que helaba la sangre en las venas. Incluso Howard, ya curado de espantos, se paró en seco, como si aquel grito desgarrador, procedente de un hombre tan frío e inhumano como Lloyd Mason, fuese un clamor del mismo Averno.

—¿Qué diablos para ahora? —jadeó Irving, alarmado también, dilatando mucho sus malignos ojillos.

Como una respuesta espantosa, surada del mismo frío de las tumbas que ellos habían profanado, llegó el suceso que había de convertir en hielo las venas de todos los presentes.

La puerta de la cocina cedió con un fuerte impulso, desgajándose de sus goznes. Una figura espantosa, alucinante, emergió en el umbral, moviéndose igual que un autómata.

Todos se volvieron hacia el recién llegado, emitiendo chillidos de supremos terror. Sherman, olvidando por completo a Drury, dirigió hacia ese ser su arma y apretó el gatillo, disparando repetidamente.

Allá, en alguna parte de la casa, la voz de Lloyd era ahora un alarido de horror y agonía, que terminó en un estertor horrible.

El recién llegado ni se inmutó al recibir las balas del arma de Sherman, ante la incredulidad y espanto generales. Sheila gritó desde la mesa, mientras Drury contemplaba alucinado aquel cuerpo rígido, en movimiento, de rostro céreo, ojos enrojecidos, huellas de quemaduras y hematomas en rostro y cuero cabelludo, manos desolladas y expresión hueca y terrible.

—¡Dios mío, Howard, no es posible! —clamó la muchacha, debatiéndose desesperada entre las ligaduras—. ¡Ése hombre… ese hombre es UNO DE LOS MUERTOS DE LA CENTRAL NUCLEAR!

Parecía cierto. Llevaba un uniforme color naranja, sucio de quemaduras extrañas, de barro y de sangre, con el emblema de la Central Nuclear Británica. Su rostro cadavérico y convulso confirmaba

el resto del increíble aserto de la enfermera.

El supuesto cadáver, o lo que fuese aquel horror, llegó hasta Sherman, que había vaciado su cargador sobre él en vano, y alzó sus brazos, dejándolos caer encima de la cabeza del paciente de los Mason.

El resultado de aquella simple acción fue enloquecedor. El cráneo de Sherman reventó como si fuese un hueco, dispersándose sus huesos, carne, sangre y masa encefálica en un estallido repugnante y aterrador. El cuerpo, sacudido por espasmos violentos, cayó a tierra, mientras los otros dos ladrones de tumbas chillaban, despavoridos, intentando salir de la trágica cocina.

En la puerta, otra forma apareció, con movimientos semejantes al anterior aparecido, bloqueándoles la salida. Era otro ser uniformado de color naranja, con el rostro amoratado, las manos chorreando sangre y encéfalo, mecánico y frío como un robot. Pero pavoroso como lo que era: un difunto en movimiento.

—Otro… otro de los cadáveres del depósito del cementerio, Howard —sollozó Sheila, mortalmente pálida—. Dios mío, ¿qué está ocurriendo?

—No sé —susurró Drury, cogiendo del cuello uno de los cuchillos que el mayordomo soltara en su afán por huir—. Pero te voy a cortar estas ligaduras e intentaremos escapar…

—¡No lo conseguiremos! —clamó ella—. ¡Mira *eso*, Howard!

Howard miró mientras cortaba con secos golpes del acero las ligaduras de la joven. Se convulsionó de horror ante el espectáculo, el segundo cadáver estaba masacrando contra la pared, con la sola fuerza de sus manos sangrantes, a Irving, el ladrón de sepulturas. El rostro y el cuello de la víctima se aplastaron como si fuesen de goma, y chorreó violentamente la sangre por el muro, mientras los huesos crujían, triturados. El mayordomo, entre tanto, era víctima del primer cadáver, cuyos dedos, como en un juego, estaban vaciando las órbitas de sus ojos y desgarrando piel, carne y huesos con toda facilidad, dotado de una fuerza sobrehumana.

En el resto de la casa, el silencio era total, aterrador.

Viendo aquel espectáculo dantesco, aquella masacre increíble, era fácil imaginar lo que había sido de los Mason en el living. De allí, con pesados andares de autómata, avanzaba hacia la cocina un tercer cadáver de uniforme anaranjado y rostro delirante. Todas sus ropas goteaban sangre. Sheila y Drury lanzaron un grito ronco de supremo pánico.

El cadáver llevaba en una mano, sujeto por el rojo cabello, la cabeza tumefacta de Vicky Mason, con su cuello reventado, deserrado, goteando abundante sangre entre trozos de piel, músculos y tendones.

El rostro de la que fuera bella y siniestra mujer, era una indescriptible máscara de horror, de dolor y de agonía, con los ojos verdes colgando de sus órbitas entre goterones de sangre.

Los tres cadáveres miraron ahora, con aquellos vacuos ojos que parecían no ver, hacia la joven pareja. E iniciaron, inexorables, el avance hacia ellos.

—¡Van a destrozarnos a nosotros también! —sollozó Sheila, ya liberada, temblando violentamente de terror.

—Todavía no nos han cogido, Sheila —jadeó él—. Salgamos de aquí.

—¡No podemos! ¡Ellos bloquean la puerta!

—Pero está esa ventana —señaló Howard hacia el lado opuesto—, ¡Por ella, pronto! ¡Yo abriré paso! Tú salta enseguida, o estarás perdida, Sheila…

Se cubrió con ambos brazos y se precipitó como disparado por una catapulta, contra los vidrios de la ventana, que desgajó bajo su impacto, saltando al exterior entre vidrios pulverizados y astillas del marco. Rápida, Sheila gritó, corriendo tras él y salvando el hueco justo cuando dos manos engarfiadas, sangrantes, espantosas, estaban a punto de darle alcance…

Cayeron ambos dando volteretas sobre el césped del jardincillo exterior. Las tétricas figuras de los muertos, tras la ventana, se movieron pesadamente, dando media vuelta para ir a buscarles por la puerta delantera.

—¡Pronto, al cobertizo! —clamó Drury, levantándose y aferrando a la muchacha por una mano—. ¡Lo más deprisa posible, o ellos llegarán antes! ¡Tenemos que coger ese coche o el triciclo y alejamos de aquí!

Corrieron a la desesperada, como jamás habían corrido en toda su vida, poniendo el alma en cada paso, en cada flexión, en cada esfuerzo. Sheila, aún tuvo alientos para murmurar roncamente:

—Cielos, Howard, pero ¿qué es este horror? ¿Qué está sucediendo?

—No sé… Los Mason tuvieron su justo castigo. Cayeron a manos de quienes ellos profanaban. Pero algo sucede con esos cadáveres, Sheila, algo que no entiendo. Resucitan como autómatas, movidos por algún impulso interior, algo nervioso alojado en sus cerebros centrales, que van más allá de lo previsible, de lo sensato… No sé, Sheila, pero esos cadáveres despiertan de su helado sueño con ansias destructivas, de odio y de muerte… y tienen una fuerza aterradora, tú lo has visto… Hemos de salir de aquí, llegar a Falstone, avisar… avisar de lo que sucede, nos crean o no.

Alcanzaron el garage cuando ya por la puerta de la mansión asomaban las tétricas formas humanas goteantes de sangre y ávidas de masacrar. Penetraron con rapidez en el recinto, y Drury probó la

puerta del coche. Por fortuna estaba abierta, y las llaves aparecían puestas en el encendido, porque posiblemente nadie en la casa esperaba que les robaran el vehículo.

Apenas se acomodaron dentro, vieron en el exterior las siluetas anaranjadas de los resucitados. Pero lo más terrible sucedió cuando Drury ponía en marcha el motor que, a causa de una prolongada inactividad, ronroneó, sin querer arrancar.

La puerta metálica de la cámara frigorífica saltó por los aires, reventada por una fuerza demoníaca… ¡y varios cadáveres abiertos en canal, sangrantes y vacíos de vísceras, horriblemente desfigurados y descarnados, se movieron *hacia ellos* como implacable marea, alargando sus brazos lívidos, cubiertos de escarcha!

Sheila lanzó un grito terrible, agudísimo, de supremo horror. Drury jadeó, mientras pugnaba desesperadamente con el motor y los nuevos cadáveres, más espantosos aún que los anteriores, se venían sobre ellos:

—Dios del cielo, Sheila… Ese mal, lo que sea… *es contagioso*. Se transmite a otros cadáveres no contaminados por la energía nuclear directamente… pero quizá contagiados de ella a través de la lluvia, de la humedad, de las tierras mojadas… de lo que sea. ¡Todos los difuntos están saliendo de sus tumbas o de donde se encuentren, para atacar y destrozar a los seres vivientes!

El coche seguía sin arrancar. Los brazos ávidos se alzaban hacia ellos, rozaban ya la carrocería negra del Austin, mientras los cadáveres de los obreros nucleares taponaban ya la salida del cobertizo…

Y, de repente, el motor trepidó, poniéndose en marcha. Sheila aferró, trémula, el brazo de su compañero. Howard apretó las mandíbulas, miró fijamente ante sí, rogó a Dios que todo saliera bien… y pisó a fondo el acelerador en cuanto el coche estuvo en movimiento.

El Austin arrancó como una centella, golpeando a los cadáveres y lanzándoles a ambos lados. Arrolló a dos de los obreros de anaranjado uniforme, y apartó a un tercero violentamente, si bien la mano de este, al golpear el techo del viejo coche, logró abollarlo como si fuese de cartón.

Salieron disparados al exterior, patinando sobre el barro las ruedas del pesado Austin. Drury enfiló la carretera vecinal, con los faros encendidos, sin frenar ni reducir la velocidad. Casi arrancó de cuajo parte del seto y se encontró en el camino, volando materialmente hacia Falstone.

Sheila miró atrás, angustiada, todavía llena de terror. Musitó, apretando con fervor el brazo de Howard:

—Se quedan allí… Incluso los que arrollaste… se están levantando de nuevo… y vienen tras de nosotros. ¡Nos siguen, Howard!

—Mientras este cacharro resista, eso importa poco… al menos de momento —murmuró el joven viajante con voz rota—. Tenemos que llegar al pueblo, contar todo a Whiting, a la gente…

—¿Y si no nos creen?

—Tienen que creernos, Sheila. Tienen que hacerlo. Si no… ellos pronto comprobarán por sí mismos lo que les viene encima. Las consecuencias pueden ser espantosas.

—¿Cuánto durará esto? ¿Puede extenderse más, como… como una epidemia?

—Quizá. No lo sé. Es posible que muchos muertos salgan de sus tumbas, especialmente si llevan poco tiempo sepultados… Ese virus o lo que sea, radiación o bacteria, les convierte en autómatas aniquiladores… El mundo está jugando demasiado tiempo con cosas que no sabe dominar… y entonces suceden hechos así. Dios quiera que este tenga arreglo aún, Sheila. Dios lo quiera…

Ella asintió, demudada, mirándole con angustia e incertidumbre. El coche seguía corriendo, acercándose por momentos a Falstone. Dejaron atrás el cementerio, más amenazador que nunca en las actuales circunstancias. Drury la miró mientras conducía en la noche.

—Howard… te debo la vida —musitó ella con voz ronca.

—No pienses ahora en eso —sonrió él, forzado, pero mirándola con ternura—. Ahora tenemos que pensar en salvamos y salvar a los demás. Y confiar en Dios. Sólo en él, Sheila, sólo en él…

FIN



COLECCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.